

# RUNAWAY 2

SOLUCIÓN COMPLETA  
DE LA AVENTURA



# Índice

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo 1 ATRAPADO EN LA JUNGLA</b>	<b>4</b>
<i>Bienvenido a la isla</i>	4
<i>La palanca de marras</i>	5
<i>Explorando la selva</i>	6
<i>Las gafas de Otto</i>	6
<i>La escalada de mi "Everest"</i>	7
<i>El bolso de Otto</i>	7
<i>El lémur juguetero</i>	8
<i>Capote, el mejor amigo del hombre</i>	9
<i>El puente colgante</i>	9
<b>Capítulo 2 SURFIN' MALA</b>	<b>11</b>
<i>El campamento militar</i>	11
<i>Lokelani</i>	12
<i>Explorando Isla Mala</i>	12
<i>Visita a Cala Alalua</i>	14
<i>Plan de infiltración</i>	15
<i>Reencuentro con un viejo amigo</i>	16
<i>El pequeño Koala</i>	17
<i>Little Demon, el pequeño bribón</i>	18
<i>Rescate del pájaro loco</i>	19
<i>En busca de la cabaña perdida</i>	20
<i>Secretos de ultratumba</i>	21
<i>Rituales ancestrales</i>	21
<b>Capítulo 3 MÁS SIMPLE QUE UNA AMEBA</b>	<b>23</b>
<i>Amistades peligrosas</i>	23
<i>Gran Hermano te vigila</i>	24
<i>El regalo de Lokelani</i>	25
<i>Explorando el templo</i>	26
<i>El enigmático AMEBA</i>	27
<i>Mi primer viaje espacio-temporal</i>	28
<i>Ascenso al tiki cabreado</i>	29
<i>Tarántula y compañía</i>	30
<i>La vuelta a casa de Adelina</i>	31
<i>La gran evasión</i>	32
<b>Capítulo 4 EL HOMBRE QUE SABE NO HABLA</b>	<b>34</b>
<i>Doctor en Alaska</i>	34
<i>El gran Wazowski</i>	35
<i>Marchando una de sushi</i>	36
<i>¿Algún cocinero en la sala?</i>	37
<i>La lista de la compra</i>	38
<i>De osos y salmones</i>	38
<i>El enésimo entuerto de Joshua</i>	40
<b>Capítulo 5 RUMBO AL PASADO</b>	<b>42</b>
<i>En busca del Orión</i>	42
<i>Reencuentros en la tercera fase</i>	43
<i>El detector de neutrinos</i>	44
<i>Un fantoche llamado Deeeean Grassick</i>	45
<i>Tomas falsas y el artículo de los demonios</i>	46
<i>La inspiración de Saturno</i>	47
<i>Descenso a las profundidades</i>	48
<i>En puerta cerrada no entran moscas</i>	49
<b>Capítulo 6 EL LUCERO OCULTO DEL AVERNO</b>	<b>51</b>
<i>Prisionero de Malantúnez</i>	51
<i>Perro Ruso</i>	52
<i>Perro Demonio y el tesoro del capitán</i>	53
<i>Licenciado en piratería y pillaje</i>	54
<i>El enigma de Perro Emplumado</i>	55
<i>Desenlace</i>	57

## INTRODUCCIÓN

La fría pantalla de un ordenador conectado a Internet. Kryptochat y el maravilloso mundo de la mensajería instantánea. Esperas con todas tus fuerzas encontrar a Sushi Douglas; desde luego, si hubiera una única persona en el mundo conectada a Internet en este instante, no te cabe la menor duda de que sería precisamente ella. Una vez más, una sucesión de inesperados acontecimientos te obligan a solicitar la ayuda de tu enigmática amiga. Pero, ¿cómo le explicas el lío en el que te has metido? Lo mejor será empezar por el principio...

Un curioso (y apropiado) despertador anunció, a las siete en punto, el comienzo de la mañana. Sin duda las fuertes experiencias compartidas a lo largo de la primera aventura me unieron a Gina, con la que ahora digamos que comparto una “intensa” amistad. Muy a mi pesar, Gina había organizado una visita guiada a Isla Mala, conocida por sus espectaculares cataratas y por una antigua maravilla arquitectónica llamada “Templo del Tiki”.



Mientras me preguntaba cómo demonios había acabado por dirigirme la vida una dama propensa a toda clase de accidentes, Gina me llevó hasta la “agencia de viajes” (por llamarla de algún modo) encargada de organizar la excursión. Para empezar, el nombre - “Platypus tours” - (sí, has leído bien... y sí, significa “ornitorrinco”) no inspiraba demasiada confianza. Por no hablar de Otto, el octogenario Barón Rojo que comandaría la expedición a los mandos de su vetusta “macromaqueta”... perdón, hidroplano.



A regañadientes, (¿pero qué poderosas razones logran que Gina me lleve siempre a su terreno”) subí a la avioneta dispuesto a dejarme llevar (sin duda una de mis especialidades). Pero, ¡oh, sorpresa! A los pocos minutos de vuelo, ¡el viejo va y se queda sopa! Por supuesto, en ese mismo instante el avión comenzó a descender sin control hacia la maldita isla de las narices. Sin tiempo que perder (y tras comprobar que la ley de Murphy había provisto que hubiera un solo paracaídas), me vi forzado a obligar a Gina a saltar del aeroplano para salvar su vida. Al fin y al cabo, soy yo el experto en improvisación...



Los nervios y la confusión aumentaron a medida que el avión se acercaba a una espesa jungla... Quién sabe cuánto tiempo después, me desperté algo dolorido en el interior del cacharro volador del desaparecido Otto. No había ni rastro de él (y preferí no imaginarme cómo habría acabado), ni tampoco de Gina. ¿Qué habría sido de ella? ¿Habría logrado aterrizar sana y salva? Una cosa estaba clara: sin ella no podía volver a casa... y así, una vez más, mi inevitable destino me empujó a emprender una nueva aventura.



## Capítulo 1 ATRAPADO EN LA JUNGLA

### *Bienvenido a la isla*

Tras el accidente, desperté algo magullado y confuso en el interior del hidroavión. Mientras maldecía la hora en que había accedido a realizar la dichosa excursión, me pregunté qué habría sido de Otto –el viejo piloto– y, sobre todo, cómo estaría Gina. Me había parecido verla caer en un lago situado en el centro de la isla, y estaba claro que mi prioridad en aquellos instantes era encontrarla. Así que... una vez más, me encontraba dispuesto a llevar la expresión “un lío de faldas” hasta cotas insospechadas.

En fin, atrapado en una densa jungla en medio de la nada, pensé que quizá no estaría de más encontrar nuestras mochilas antes de lanzarme en busca de mi desventurada amiga. Pero, como ya habréis adivinado, no había rastro de nuestros macutos, así que me dispuse a inspeccionar a fondo los restos de la avioneta en busca de cacharros útiles. Estrené el mágico inventario de mi grandísimo bolsillo con un objeto que a punto estuvo de darme un disgusto: un trozo de cristal convenientemente dejado junto a la puerta del avión. (¿Pero es que ya nadie piensa en los demás? ¿Quién diablos dejaría algo así al alcance de los niños?).

En la cola del avión no encontré mucha cosa útil; eso sí, había suficientes perritos Capote como para alegrar los Reyes a los hijos de toda mi comunidad de vecinos. Pero siendo el elegante y generoso tipo que soy, sólo cogí uno. (Sí, ¿qué pasa? Me gusta decorar la cama con peluches). De camino a la cabina y tras intentar abrir un compartimento que resultó estar chapado a cal y a canto, encontré una pinza del pelo de Gina en el suelo. Conociéndola, sabía con certeza que se alegraría más de recuperar su accesorio que de verme a mí, así que me agencé la pieza con miras al futuro reencuentro.

Una vez en la cabina, me prometí a mí mismo enrolarme próximamente en un curso acelerado de pilotaje de aviones. Me vi tan guapo sentado en el cómodo asiento del desaparecido Otto que comencé a tocar palancas y mandos a diestro y siniestro, convencido de mis habilidades innatas para la aviación. Desgraciadamente, el avioncito no despegó, pero hice unos cuantos hallazgos interesantes. Para empezar, comprobé que hubo un tiempo en el que Otto no volaba solo –pero sin duda los asquerosos brebajes que ofrecía a su copiloto en un inmundito termo dieron al traste con aquella sociedad del aire–.



Pero, volvamos a lo importante... en la guantera central de la cabina (que en mi minuto de suerte se encontraba abierta) di con unos manejables prismáticos y una esclarecedora botella de whisky, objetos que no dudé en agenciarme para futuros imprevistos. Eso sí, prometí honrar la memoria del viejo Barón Rojo guardando su secreta afición, razón por la cual jamás revelaré que hallé alcohol en su guantera principal. Palabra de "boy scout".

## ***La palanca de marras***

Entre tanto toqueo de mecanismos y mandos, accioné una palanca situada a la izquierda del asiento de Otto. Como soy un hacha, dicha palanca abrió de forma automática las compuertas de un compartimento externo del avión. ¡Eureka!, me dije. Sin duda el viejo guardará un buen escocés ahí fuera... ejem, quiero decir... algún objeto de gran utilidad para mi incipiente aventura. Así que allá que fui, intrigado por los posibles tesoros que estaba a punto de descubrir.

Al salir de la avioneta por primera vez, debo admitir que me sentí algo intimidado por la densa jungla que me rodeaba. Pero como hombre astuto (y agradecido) que soy, no tardé en deducir que había sido precisamente la densidad del follaje la que había preservado mi integridad física. Dejando atrás tamaños pensamientos, me acerqué con curiosidad al compartimento exterior, situado en el morro del hidroavión. ¿Y a que no adivináis qué ocurrió? ¡Por su puesto! Mi minuto de suerte se había consumido mucho antes, así que las compuertas se cerraron cuando me disponía a examinar el contenido del compartimento.

Al menos la providencia quiso que aquellas portezuelas no me hicieran perder la cabeza (en un sentido lejos del figurado), así que volví a la cabina con la firme intención de resolver mi primer "rompecabezas". Sentado de nuevo en la cabina, me pregunté qué haría un mecánico de aviones en una situación como ésta. ¡Córcholis! ¡Por supuesto! Accionar la palanca de nuevo, a ver si suena la flauta. Y fue al hacerlo cuando me di cuenta de que algún tornillo andaba suelto en ese mecanismo. Si tuviera algo con que sujetar la palanca en la posición de apertura...

Con esto en mente, me dispuse a analizar los múltiples objetos que ya poblaban mi mágico bolsillo. Los prismáticos podían servirme para ver el contenido del misterioso compartimento, pero desde luego no me iban a ayudar a mantenerlo abierto. La botella de whisky podría haber aliviado mi frustración... pero no era cuestión de deambular por la jungla en estado de embriaguez. Incluso se me ocurrió entrenar al perrito Capote para que fuera a por los objetos mientras yo sujetaba la palanca, pero recordé mis sucesivos fracasos con mi pequeño basset (jamás logré que me trajera los apuntes de física a la habitación) y pensé que la tarea se antojaría hartó complicada.



De pronto, mi propia astucia me deslumbró con una idea digna de Thomas Edison (o del mismísimo Luis Llongueras): ¡la pinza de Gina! Tenía el tamaño perfecto para sujetar la palanca en la posición de apertura, lo que me daría todo el tiempo del mundo para inspeccionar el contenido del compartimento exterior. Así que hice las veces de un MacGyver estilista y allá que fui a revolver entre los enseres personales de Otto. ¿Y qué encontré?, os preguntaréis. Pues nada más y nada menos que un fabuloso bidón de agua y (redoble de tambores, por favor) ¡una maravillosa y enigmática herramienta!



## ***Explorando la selva***

Pero eso no es todo, no... De camino al compartimento, Otto me vino a la cabeza. Y, ¡zas!, apareció su carné de piloto como caído del cielo. Aquello me hizo sospechar, así que levanté la vista hacia las frondosas copas de los árboles selváticos y no tardé en descubrir por qué llevaba gafas en Nueva York. Por fortuna, recordé que disponía de unos "ligeros" prismáticos que me sirvieron para avistar algo interesante entre el follaje aquel: el bolso de Otto. Sin duda un gran hallazgo si lograba encontrar la forma de bajarlo de las alturas...



A pesar de mis progresos, debo admitir que empecé a sospechar que había llegado la hora de alejarme del hidroavión. Era evidente que no iba a dar con más pistas ni objetos entre los restos de aquel aparatejo. Así que, venciendo mi comprensible miedo (y movido por mi indudable instinto de supervivencia) me aventuré hacia lo desconocido. Primero intenté explorar la zona situada a la izquierda del aeroplano, pero hubiera necesitado un machete y un buen cortacésped para atravesar aquella espesura. Ya que sólo me quedaba un camino por inspeccionar, me di un garbeo por el lado opuesto de la selva...



La primera sorpresita con la que me encontré fue una curiosa criaturilla, aparentemente alegre y juguetona, que se interpuso en mi camino para darme los buenos días. Cómo se llaman estos... sí, hombre... esta especie de monos con colas a rayas... ¡Lémures! ¡Era un lémur de lo más cachondo! Pero en esa primera toma de contacto no nos dio tiempo a conocernos mejor ya que el tipo se escabulló entre los árboles nada más darme la bienvenida a su jungla. Y remarquemos ese posesivo, porque no tardaría en descubrir que, efectivamente, la selva era SUYA...



## ***Las gafas de Otto***

Pero, a lo que íbamos. En la zona inexplorada de la jungla di con un enorme lodazal que, tal como me temía, no estaba compuesto precisamente de barro. Al acercarme a aquellas inquietantes arenas movedizas con cautela, descubrí un interesante objeto: las gafas de Otto.

Con mi ya habitual predisposición a agenciarme todo bártulo ajeno habido y por haber, no tardé ni cero coma cinco en cortar una rama apta para la pesca de gafas. Y así fue como logré rescatar aquellos viejos anteojos de aviador de una muerte segura en aquel inhóspito barrizal. Ni que decir tiene que no sólo guardé aquellas gafas con mimo, sino que también decidí almacenar el palito que me había servido de improvisada caña de pescar. (Soy así, un tipo entrañable y amante a ultranza de la naturaleza). Sabia decisión que más adelante resultaría providencial...



## ***La escalada de mi “Everest”***

Con mis nuevos objetos en el bolsillo, decidí estudiar la forma de alcanzar lo que parecía ser un claro en la jungla. Situado en un terreno elevado sobre las arenas movedizas, me vi obligado a lucir palmito y forma física escalando una enorme roca con el fin de alcanzar los árboles que me sacarían de la selva. Fue así como, cual gato salvaje, me dispuse a emular a Tom Cruise en el pedrusco situado a la izquierda del lodazal. Pero era evidente que mi misión no podía ser menos imposible que la del ex de “Pe”, y pronto descubrí que aquella roca resbalaba demasiado para mis pobres aunque hábiles extremidades.



Tras un leve suspiro de fastidio y resignación, me vino a la cabeza un objeto pasado por alto en anteriores exploraciones... Si no recordaba mal, había visto un “spray” antideslizante en el interior del compartimento externo del hidroavión. En su momento, me había preguntado qué clase de idiota (por no hablar de torpe) necesitaría un producto como ése para andar por la vida. Una vez más, me veía obligado a comerme mis palabras y recurrir a tan práctico aerosol, razón por la cual no dudé en volver al avión en busca de aquel magnífico producto.



## ***El bolso de Otto***

Al volver en busca del spray antideslizante, se me ocurrió una idea para bajar el bolso de Otto. Con el trozo de cristal, corté primero la correa de las gafas de aviador. A continuación, corté y “podé” la rama que había guardado. Por último, combiné la cinta de goma con la rama cortada para fabricar un tirachinas. Con éste logré bajar el bolso de las alturas y, acto seguido, examiné su interior en busca de objetos interesantes. Lo único que encontré fue una llave partida por la mitad.



Sospechando que sería precisamente la llave del compartimento cerrado situado en el interior del avión, me dispuse a encontrar la forma de arreglarla. Los rayos de sol que se colaban entre las copas de los árboles me hicieron pensar: quizás pudiera soldar la llave con el propio calor de la radiación solar. Lo intenté, pero no funcionó. Sin descartar del todo la idea, volví al hidroavión en busca de herramientas útiles para la tarea que me traía entre manos. Y así fue como encontré una lupa en la guantera izquierda de la cabina, situada junto al asiento del piloto.



Salí de nuevo al exterior y coloqué la lupa bajo el mismo rayo de sol con el que antes había intentado soldar la llave (junto a un enorme árbol situado a la derecha del avión). Era evidente que necesitaba algo que sujetase la lupa a una cierta altura del suelo, y se me ocurrió una brillante idea: unir la lupa con la extraña y alargada herramienta que había encontrado en el compartimento exterior de la avioneta. Hecho esto, clavé mi invento en el suelo y aproveché el haz de luz proyectado a través de la lupa para soldar la llave.



Enseguida me dirigí hacia el avión para probar la llave en aquel caprichoso compartimento que tanto se me resistía, sólo para descubrir que los restos de la reciente soldadura impedían que introdujera la llave en la cerradura. Tirando nuevamente de mi ingenio, corté aquella “rebaba” con el trozo de cristal que aún llevaba en mi bolsillo. Con la llave bien pulidita, por fin pude abrir el compartimento en cuyo interior hallé unas antiquísimas raquetas de nieve que –por supuesto– hice mías.



## ***El lémur juguetón***

Habiendo explorado ya a fondo cada rincón del hidroavión, volví –“spray” antideslizante en mano- a la roca resbaladiza. Tras rociar el pedrusco convenientemente, volví a demostrar mi destreza en el arte de la escalada. Pero al llegar al árbol más cercano, justo en el clímax de mi interpretación, me vi de nuevo enfrentado a un actor inesperado: ¡el jovial lémur en el papel de Jackie Chan!



¡Pero qué pedazo de ca... ca... cabrita, el lémur de las narices! Justo cuando me disponía a hacer mi imitación de Tarzán, el mal bicho se me echó encima con su ridículo gritito de guerra. Y, obviamente, un servidor acabó dando con sus huesos en el suelo sin saber muy bien qué diablos había ocurrido. Era evidente que aquel engendro era un animal territorial dispuesto a cualquier fechoría con tal de interponerse en el camino de un rival de mi talla.



Sabedor de que la única salida de la jungla se encontraba, precisamente, más allá de los árboles custodiados por aquella bestia, me detuve a estudiar la forma de distraer al lémur para poder seguir con mi misión. Dándole vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que la forma más fácil de llamar la atención de un animal era, precisamente, con otro animal. De esta forma, se me ocurrió que seguramente mi amigo Capote podía echarme una mano.

## **Capote, el mejor amigo del hombre**

Para que mi perrito pudiera lucir todas sus habilidades, lo llené con agua del bidón que portaba. Hecho esto, deposité a Capote en el lugar donde solía saludarme “cariñosamente” el lémur y me escondí para observar la escena. El lémur, movido por su naturaleza curiosa, no tardó demasiado en acercarse al perrito y, para mi sorpresa, intentó beberse el agua que Capote había expulsado previamente. Al parecer no le gustó demasiado el sabor porque el pobre perrito acabó pereciendo en las arenas movedizas tras un rapto de ira del lémur.

A pesar de mi inicial fracaso, aquella escena me dio una idea. Si al lémur le daba por beber micciones ajenas, lo más indicado era llenar otro perrito Capote con algo más potente. Y ya que, casualmente, llevaba encima una botella de whisky... ¿para qué andarse con chiquitas? Volví al hidroavión, cogí otro perrito, y lo llené de alcohol con la esperanza de dejar al lémur fuera de combate. Una vez más, deposité a Capote en territorio comanche y me dispuse a observar el desenlace de mi maquiavélico plan.

Increíble, pero cierto. Aquel lémur adoraba el whisky y no tardó demasiado en beberse todo lo que Capote amablemente le había servido. Y como el monito de marras sólo comía hierbajos, pronto cayó redondo con una trompa de tres palmos de narices. Para evitar mayores sorpresas, recogí al lémur y lo almacené en mi bolsillo mágico junto a mi fiel Capote (¿cómo dejarle atrás después del valor demostrado en combate?). Por fin tenía el terreno despejado para salir de aquella asfixiante selva...

## **El puente colgante**

Tras escalar por enésima vez la famosa roca y trepar con singular destreza por los árboles cercanos, alcancé por fin mi objetivo. Sin embargo, lejos de encontrar una fácil salida de la jungla, topé con un nuevo obstáculo: un temible puente colgante, igualito al de las películas. Tras echar un vistazo a mi alrededor y servirme de los prismáticos para examinar la zona al otro lado del puente, llegué a una descorazonadora conclusión: aquellas viejas tablas unidas por cuerdas roídas eran mi única alternativa.



En un principio barajé la posibilidad de volver al hidroavión, emborracharme con el whisky y esperar sentado a que me rescatasen. Pero –como suele suceder– en mi momento de mayor desesperación, tuve una idea genial. Quizás empleando las raquetas de nieve pudiese repartir el peso de mi cuerpo para aumentar mis probabilidades de cruzar aquel puente, sano y salvo. “¡Valor y al toro!”, me dije... y tras calzarme las arcaicas raquetas, me aventuré a cruzar el puente sin más dilación.



Habiendo superado la prueba de acceso de la Indiana Jones Academy, me detuve ante el singular paraje que tenía frente a mí. Por fin pude echar un vistazo al lago en el que había caído Gina... lago que, para mi sorpresa, estaba incompresiblemente custodiado por militares. Como lo oyes. Al parecer, también había armas de destrucción masiva en Isla Mala, pues un campamento militar ocupaba la playa a la que yo debía descender en busca de Gina. Todavía incrédulo ante semejante despliegue marcial, comencé mi descenso...



## Capítulo 2 SURFIN' MALA

### *El campamento militar*

En un alarde de hospitalidad, fui amablemente recibido por un tipo apuntándome con su M16. Gracias a su inestimable ayuda, pude entrar al campamento para conocer al entrañable oficial al mando: el ilustre coronel Kordsmeier. Pero antes de la entrevista, tuve que dar mis datos a un tal Leslie que no dudó en desatender sus pertenencias mientras anunciaba mi llegada. Ni qué decir tiene que aproveché el descuido para husmear entre sus muchos enseres...

...Hasta que de nuevo me vi interrumpido por el solícito soldado "Flowerpot" (cariñoso seudónimo por el que era conocido el tal Leslie), quien me invitó a pasar al despacho del coronel. ¿Qué podría contaros de la conversación que mantuve con el afable oficial? Tras la asombrosa variedad de temas tratados, entre los cuales obviamente no dejé de incluir mi creciente preocupación por el estado de Gina, llegué a dos conclusiones:

**a)** Mi falta de química con el coronel iba a ser un claro obstáculo, razón por la cual debía encontrar una forma de moverme libremente por el campamento militar para buscar a Gina (quien sin duda estaba siendo retenida en contra de su voluntad).

**b)** Ante la más que sospechosa actitud de mi interlocutor, todo hacía presagiar que –una vez cumplida mi misión de rescate– necesitaría un medio de transporte apto para salir pitando de aquella isla sitiada.

A pesar de la difícil tarea que tenía ante mí, no caí en el desánimo. Si hay alguien en el mundo con capacidad de superación y sacrificio, ese es Brian Basco. Si a eso le añadimos que, tras haber desechado los múltiples y pesados objetos que portaba en mi bolsillo antes de cruzar el puente roñoso, contaba sólo con la ayuda de mi querido amigo el lémur (al que decidí nombrar Little Demon), puedo afirmar que la cosa se estaba poniendo muy interesante...



## Lokelani

Con mis nuevos objetivos en mente, opté por alejarme temporalmente del tumulto militar y tomé un camino en dirección al sur de la isla. No tardé demasiado en topar con el núcleo turístico de Mala, que contaba con una gran variedad de recintos para el entretenimiento del visitante de turno. El restaurante y centro de información turística estaba custodiado por otro militar, así que opté por acercarme al cercano chiringuito a tomarme una birrita y sacar información de interés a la camarera.



¡Y vaya pedazo de camarera me fui a encontrar! Lejos del sudado y malhumorado maromo clásico que atiende en cualquier bareto de mala muerte, el chiringuito local contaba con un portento de la naturaleza llamado "Lokelani": una mujer de esas que quitan el hipo en un abrir y cerrar de ojos, sin importar tu estado de embriaguez. Huelga decir que, haciendo uso de mi encanto personal, no tardé demasiado en trabar amistad con aquella morenaza de ojos azules que me proporcionó información de gran interés que resumo a continuación:



- En la isla, además de los miltronchos, servidor y la neumática camarera, sólo quedan tres personas más: un misterioso monje mudo que pasa las horas sentado en una choza y dos amigos de Lokelani, llamados Kai y Knife, que viven en una cala cercana.
- El coronel, que ya demostró una singular predilección por la camarera en nuestra interesante charla, ha visitado el chiringuito en más de una ocasión, dejando tras de sí un rastro inconfundible de humo de puro habano.
- Lokelani, antes de volver a su Hawai natal, fue maquilladora en Hollywood, trabajo que sin duda tiene algo que ver con la larga lista de ex novios que atesora: Charlie, Brian, Rene, Mikhail, Runako, Milo, Tiroo, Lopati, Kojisan, Peter...



Tras recibir tanta información de golpe, sentí la imperiosa necesidad de volver a agenciarme objetos ajenos (¿estaría acaso desarrollando una posible patología cleptománica?). Por ello, no dudé en pedirle a Lokelani que me regalase una magnífica pizarra (¡con su tiza y todo!) que se sumó a una no menos interesante funda de puro que encontré en un cenicero del suelo. Entonces, ávido de conocimiento, me dispuse a abandonar el chiringuito en busca de nuevos artículos que llevarme al bolsillo.

## Explorando Isla Mala

Así fue como eché el primer vistazo al "Visitors center", un centro de información que se encontraba cerrado, al igual que el restaurante local de exótico nombre situado en el mismo edificio. Husmeando cual perro sabueso, encontré las puertas de acceso a un prometedor sótano. Lamentablemente, se encontraban bloqueadas con un listón de madera y dos candados. Pero ya me conocéis, aquello no iba a echarme para atrás... como tampoco se me iban a caer los anillos por abrir un pestilente contenedor cercano para dar con un succulento trozo de mantequilla (fue una lástima no encontrar también un poco de mermelada y un croissant a la plancha).



Salivando por mis propios e inoportunos pensamientos, me dirigí hacia el “Surf Shack”, la choza en la que el misterioso monje parco en palabras meditaba sin descanso. Tras un primer intento poco afortunado de entablar cualquier tipo de comunicación, decidí comprobar si el tipejo sabía escribir. (¡Qué diablos, me hacía ilusión sacar la pizarra!). Y, efectivamente, el tío era algo más comunicativo por escrito. Es más, sus respuestas me resultaban familiares... pero justo cuando la cosa se ponía interesante, Santo Murphy volvió a intervenir y, cómo no, se nos acabó la tiza.



Acostumbrado a este tipo de situaciones, decidí inspeccionar aquella choza para no irme de vacío. Fue entonces cuando reparé en un cable colgado a la derecha de los escalones de acceso al cobertizo. No tardé en comprobar que estaba bien atadito a las raíces de un árbol... pero me superé a mí mismo untando el cable de mantequilla y soltándolo en un periquete.



Con la mosca tras la oreja por la familiaridad de aquel monje singular, me acerqué a una todavía desconocida estructura de madera situada en la orilla de la playa. Para mi sorpresa, aquel “instalache” resultó ser ¡un fotomatón para guiris! No es que fuera a renovarme el DNI en breve, pero nunca se sabe cuándo necesitarás una buena foto, así que inspeccioné el aparato por todos sus costados y confirmé mis sospechas: no sólo no funcionaba, sino que precisaba de una ficha especial para ponerse en marcha.



Aquel sofisticado sacaperras para turistas acrecentó mi curiosidad por otros aparatejos similares, así que fui directo hacia el toro mecánico situado al otro extremo de la playa. A todo esto, ¿qué demonios pintaba un búfalo como ése en medio de una isla del Pacífico? ¿Saldría una Lokelani vaquera de la compuerta que encontré en la plataforma de madera? Desafortunadamente, no. Es más, ni siquiera pude poner a prueba mi sentido del equilibrio porque el animalito no funcionaba (en aquella isla no cabe duda de que me hubiera forrado como electricista).



Por algún extraño motivo, en aquel preciso instante decidí poner a prueba (una vez más) mi excepcional química con los militares. Justo detrás del “Seafood Kahuna” conocí al peculiar Zacharia O'Connor, un antiguo leñador convertido en servicial soldado (un tipo poco avisado pero muy majo). Mi porte debió de impresionarle, ya que inmediatamente me tomó por un policía militar de incógnito, situación que no podía dejar de aprovechar. Desafortunadamente, mi nuevo colega sólo podía facilitar el acceso al campamento militar a un tal Profesor Pignon...



...Y ya conocéis mi talento para tirar de la lengua. Al poco tiempo de conocer al bueno de O'Connor ya me estaba enseñando una foto de Pignon. Mi superior inteligencia no tardó en atar cabos: veamos, la camarera buenorra es una profesional del maquillaje y este risueño soldadito está esperando la llegada de un chavalote al que no conoce en persona. ¿Sería capaz de convencer a Lokelani de que utilizara su maravilloso programa informático para hacer que me pareciera al profesor francés? Bueno, no perdía nada por intentarlo...



## Visita a Cala Alalua

Pero antes de acudir con mi petición a Lokelani, decidí que había llegado el momento de hacer nuevos amigos. Por ello, tomé la carretera de la Isla (dirección sur) hasta llegar a Cala Alalua. Una vez ahí, topé con un surfeta practicando tai-chi sobre su tabla. Debía de tratarse de Knife, así que me acerqué con mi habitual desparpajo y no tardamos en hacer buenas migas. Me habló de las habilidades necesarias para practicar el surf ("equilibrio y capacidad de anticipación", vamos, que está tirado), de su poca estima por los militares, de su hijo (el artista ladronzuelo, que igual te roba un aparatejo que te esculpe una tortuga en la arena)... y, lo más importante, ¡de su lancha!



Tras la negativa de Knife a prestarme su lancha (¿habría algún modo de convencerle?), me pregunté si su amigo y maestro Kai sería tan "guay" como él. Y mientras me dirigía hacia la hamaca donde reposaba el sabio gurú del surf, encontré dos objetos que mágicamente aparecieron poco después en mi bolsillo (¿yo, un ladrón? Oiga, la duda ofende): una utilísima cuerda (que, por algún motivo, me hizo pensar en O'Connor) y un bote de polvos de talco (¿acaso cierto "Koala" tenía irritado el culete?), ambos olvidados debajo de la choza por algún despistado.



Kai resultó ser un tipo tranquilo y reposado, tanto es así que me costó imaginármelo cabalgando sobre las olas. Tal vez su carácter era fruto de un peculiar linaje; no en vano, era nieto de un reconocido chamán capaz de resucitar a pollos "pochos" y es más que probable que tamaña sabiduría se lleve en los genes. El caso es que su serena personalidad parecía haberle ayudado a superar la pérdida de una pierna (en un ataque perpetrado por un feroz tiburón) y el reciente robo de la pierna ortopédica que la sustituía (a cargo del entrañable Koala).



Tras la charla con Kai, decidí husmear un poco más por la cala. Primero eché un vistazo a la obra de arte de Koala, una curiosa tortuga esculpida en arena. (Reconozco que tuve que reprimir un intenso deseo de pisotearla, para qué engañarnos). Después, decidí echarle un vistazo al embarcadero situado a la izquierda de Knife. Ahí estaba la lancha, esperándome... Por cierto, mientras suspiraba admirando mi objeto de deseo di con un nuevo tesoro: una completa caja de herramientas. ¿Y dónde fue a parar la cajita? ¡Correcto! A mi ya abultado bolsillo...



## Plan de infiltración

Con unos amigos y objetos más, volví al bar de mi querida “Rosa celestial” para proponerle el nuevo proyecto de maquillaje ideado tras mi conversación con O’Connor. Huelga decir que no pudo negarse (¿quién podría resistirse ante mis ejemplares modales?), pero para hacerme el favor necesitaba dos cositas. Bueno, en realidad necesitaba dos fotitos: una instantánea de la persona a quien quería parecerme y otra de mi privilegiado rostro. De esa forma, su moderno programilla podría comparar nuestras respectivas fisonomías y elaborar una estupenda “receta” de maquillaje para que Lokelani y su talento hicieran el resto.



Como de costumbre, mi conversación con Lokelani resultó ser muy interesante. ¡Qué portento de mujer! No sólo me ofreció su ayuda con el asunto de Pignon, sino que me habló de la extraña “enfermedad” que asolaba a las máquinas de la isla. Según ella, el fotomatón estaba desenchufado (y con respecto a las fichas, me aconsejó mirar debajo de la plataforma). En cuanto al toro mecánico, ése sí estaba escacharrado, y era una lástima porque a su ex (un tal Giorgios) le encantaba montarse, jactándose de que era una mera cuestión de “equilibrio y capacidad de anticipación”. ¡Oye! ¿Dónde había oído yo esas mismas palabras?



En fin, mi asombroso intelecto estaba ya echando chispas, atando cabos de aquí y de allá... Por un lado, necesitaba arreglar el fotomatón para hacerme con una instantánea de mi bella personalidad. Por otro, se me había ocurrido una descabellada idea para lograr que Knife me prestase la lancha... Y, para todo ello, necesitaba acceder al sótano del centro de información (donde a buen seguro estaría el cuadro de luces de los locales de Mala). Total, que ahí me planté. Entonces, más chulo que un ocho, uní el cable con el gancho (ese que me agencié en la choza del monje) al listón de madera y... ¡a estirar!



A pesar de mi fornida constitución, fui incapaz de romper el dichoso tablón. Si tuviera más fuerza bruta, tal vez. Y así, de pronto, recordé a O’Connor... ¿me “prestaría” él su bonito Hummer? Conociendo su afición por trepar árboles, se me ocurría una forma de despistarle. Así que fui para allá y le regalé la preciosa cuerda encontrada en Cala Alalua a cambio de que me demostrara sus dotes para la escalada. El bueno de Zacharia me complació sin rechistar, momento que aproveché para matar dos pájaros de un tiro: por un lado, me agencié rápidamente con la foto de Pignon....

...Y por otro, me tomé la libertad de coger el Hummer (sabía que O’Connor me iba a decir que sí; así que, ¿para qué preguntar?) y utilizarlo para abrir las dichas puertas del sótano. Bastó con unir el cable al vehículo, acelerar un poco y, ¡hecho! Un listón menos del que ocuparse. Para no preocupar al pobre de O’Connor, volví sin dilación a su zona de vigilancia, dejando el Hummer tal y como estaba antes de mi pequeña excursión. Cuando el voluntarioso soldado bajó del árbol, me fijé en los estragos causados por sus botas al escalar (tengo mis momentos de ecologismo extremo)... Me acerqué y, efectivamente, comprobé que había un rastro de resina en el tronco.



En ese instante (no sé por qué), recordé al monje silencioso y pregunté a O'Connor si, por casualidad, tenía una tiza que prestarme. Lógicamente, no la tenía, pero el tipo me sorprendió una vez más. ¡Resulta que sabía cómo fabricarla! (Para ser un "tarugo", el tío era bastante apañado). Sólo necesitaba rayar un poco de yeso, mezclarlo con goma arábiga y menearlo todo en un tubo de ensayo. Así que, tal como solía hacer con las recetas de Arguiñano, sustituí los ingredientes. Un poco de talco por aquí, algo de resina por allá, lo mezclamos todo en una preciosa funda de puro y...¡tachán! ¡Una fantástica tiza casera!



## **Reencuentro con un viejo amigo**

Con mi nuevo instrumento de escritura, salí pitando en dirección a la choza del monje misterioso. (Por fin podría retomar aquella interesante conversación). En cuanto comenzamos a intercambiar impresiones supe que a aquel tipo lo conocía de algo... ¡Increíble! ¡Era Joshua, el tío al que yo había ayudado a contactar con extraterrestres no hacía tanto! Por lo visto, tenía una misión especial enviada por sus coleguitas, los trantorianos. En cuanto recordé lo manitas que era, le propuse un trato: si él arreglaba el toro mecánico, yo le ayudaba a abandonar la isla para cumplir con su misión.



No hace falta que os diga que le convencí, ¿verdad? Así que allá nos fuimos dispuestos a coger el toro por los cuernos... Joshua, todo un genio, no tardó en descubrir por qué no funcionaba el bicho mecánico, pero precisaba de algunas cositas para ponerlo en marcha: aceite para engrasar y una llave del diez. Yo, avisado como de costumbre, le di lo más parecido que tenía: el trozo de mantequilla (que por poco se zampa el muy glotón) y la caja de herramientas (fijo que habría una llave adecuada). Y ahí dejé a Joshua, canturreando y jugueteando con la máquina.

Mientras tanto yo me dirigí al sótano que había logrado abrir con la ayuda del inestimable de O'Connor y su vehículo. Una vez dentro, me dediqué (como de costumbre) a husmear, para lo que me vino de perlas encender una lamparita situada al fondo de la estancia. Dentro de un inquietante cuartucho situado justo debajo de las escaleras, descubrí un práctico detector de metales que sin duda me vendría de perlas para dar con otras alhajas. Por último, me entretuve subiendo y bajando palancas del cuadro de luces con la intención de poner en marcha el fotomatón y el toro mecánico... tarea nada sencilla teniendo en cuenta que cada vez que subía una; ¡clac!, caía otra....



Cuando por fin di con la combinación perfecta en el cuadro de luces (y tras unas cuantas reprimendas de Lokelani), volví hasta el toro mecánico para ver si Joshua había logrado apañar el asunto. Y, ¿acaso creéis que un genio como él iba a fallarme? Por su puesto que no. Poco tardé yo en subir a la vaca loca aquella para comprobar que verdaderamente funcionaba... Acto seguido, me fui en busca de Knife. Con el toro arreglado, podía por fin llevar a cabo mi maquiavélico plan para hacerme con la lancha. ¿Y cuál era?



Muy sencillo. Bastaba con invitar al surfero más dicharachero a practicar su amado deporte a lomos del bicharraco que Joshua acababa de arreglar. De esa forma, no sólo ganaría puntos con mi colega (que, por supuesto, me dejaría por fin la lancha) sino que también tendría vía libre para hacer las indagaciones oportunas en la choza del chaval. Así que hice mi propuesta y, ¡bingo! Mi plan salió a pedir de boca. En cuanto vi a Knife subido a aquel aparato, supe que ya nada lo bajaría de ahí, circunstancia que no pensaba tardar en aprovechar. De modo que, ¡de vuelta a Cala Alalua!



## El pequeño Koala

Antes de tener el inmenso placer de conocer al famoso hijo de Knife, decidí utilizar mi última adquisición para intentar localizar la pierna ortopédica de Kai. Si no recordaba mal, Koala la había utilizado a modo de pala para crear su obra maestra, la tortuga de arena. Haciendo uso del detector de metales, no tardé en encontrar la prótesis (que, por supuesto, fue a parar a mi bolsillo, un verdadero camarote de los Hermanos Marx en miniatura). Después tuve (por fin) mi ansiado primer encuentro con un niño que, ¿cómo decirlo?, gruñía con especial encanto...



Ya que fui incapaz de sacar algo en claro de aquella “conversación” (y que tampoco tuve el valor de robarle la apetecible consola al chiquitajo), decidí finiquitar de una vez por todas el asunto de las dos fotos. Imaginaba que el fotomatón funcionaría ahora que le llegaba la corriente, así que sólo tenía que encontrar una ficha para ponerlo en marcha. Ya que mi musculosa constitución no me permitía meterme debajo de la plataforma del fotomatón, decidí hacer uso de mi buen amigo, Little Demon. El muy bribón encontró la monedita en un santiamén, pero quería algo a cambio... Como no podía ser de otra forma, al bichejo se le antojaba una cervecita bien fresca (un tipo listo, sí señor).



Como sabía que mi amigo Little Demon jamás bromeaba con el alcohol, me fui directo al bar de Lokelani. Pobre de mí, no tenía ni idea del jueguecito que me tenía reservado... Estaba dispuesta a darme una cerveza si era capaz de superar con éxito una serie de preguntas sobre sus antiguos novios... Y yo, que de intelecto voy sobrado, enseguida encontré lógica a aquella secuencia de acertijos: pronto me percaté de que el nombre del siguiente novio que debía adivinar empezaba con la última sílaba del nombre que acababa de pronunciar. De modo que la lista completa se completaba así: Milo, Lopati, Tiroo y Russell. (Sí, ya sé que Russel no empieza por “roo”, pero era lo más parecido que encontré).



## **Little Demon, el pequeño bribón**

En cuanto tuve por fin la dichosa cerveza, me fui hacia el fotomatón dispuesto a cerrar mi trato con Little Demon. El diablillo cogió la birra como si no hubiese bebido en años y por un instante pensé que me la había jugado (es un monito muy cachondo, ya lo veis). Pero no, al rato me entregó la dichosa ficha y pude por fin sacarme la foto de marras. ¿Que a quién escogí para hacer de mujer objeto en la instantánea? ¿A quién habrías escogido tú? (Vaya preguntitas se os ocurren a veces....). En cuanto aquella máquina escupió la foto de recuerdo, me dirigí raudo y veloz al chiringuito de Lokelani.



Una vez en el bar, entregué las dos fotos a mi querida amiga para que fuera preparando la sesión de maquillaje. Pero, antes de que Lokelani se fuera hacia el hogar, dulce hogar, tuve que correr hasta el cuadro de luces para devolverle la corriente (todo fuera que, ante la falta de electricidad, nuestra imponente compañera volviese a pagar el último recibo de la luz). Total, que la chica, confiando en mi incuestionable sentido del deber y de la responsabilidad, me dejó a cargo de su mascota, la cacatúa impertinente. Y yo encantado de la vida, oye... hasta que se me ocurrió decir la palabra "cerveza". ¡Craso error! Little Demon, en una nueva demostración de su amor por el alcohol, saltó hacia la barra asustando de paso a la pobre Aolani.



No me lo podía creer. Para una cosa que me pide la muchacha, voy y la fastidio a las primeras de cambio. Porque claro, al ver a un lémur brincar de aquella manera, la pobre cacatúa puso alas en polvorosa y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Nada, ni rastro. ¿Qué diablos iba a hacer cuando apareciese Lokelani? En fin, me armé de valor e intenté salir airoso de aquella complicada situación. Pero claro, no coló. Si había algo intocable en la vida de Lokelani era, precisamente, su amada cacatúa. Así que, aunque ya estuviera todo dispuesto para ello, mi sesión de maquillaje quedó inesperadamente aplazada cuando, al enterarse de lo sucedido, la enfurecida camarera me mandó a freír monas...



Total, que si quería seguir adelante con mi plan de infiltración en el campamento con un maravilloso disfraz del profesor Pignon, tenía que encontrar a la dichosa Aolani y lograr que Lokelani me perdonase. A mí me había parecido verla volar despavorida en dirección al árbol de O'Connor... y aquello me dio una idea.



Con un talento para escalar árboles más que comprobado, no era una locura pensar en un posible rescate llevado a cabo por un soldado ansioso por agradar a un superior. Así que, tras comprobar que la cacatúa efectivamente había encontrado cobijo en la copa de aquel árbol, pedí a O'Connor que la bajase de ahí... ¿cómo podía imaginar lo que se me vendría encima instantes después?

## Rescate del pájaro loco

Al maldito marine no se le pasó por la cabeza volver a escalar el árbol, no... Tuvo que hacerlo a la americana: pistola en mano, disparo certero y luego ya veremos si hacemos preguntas. No me lo podía creer. Ahí, en el suelo ante mí, yacía la pobre e inocente cacatúa sin vida... Aunque, observándola bien, noté que la bala no la había alcanzado (efectivamente, O'Connor sólo había disparado al aire para asustarla) con lo que aún había algo de esperanza (a no ser que el pobre pajarillo la hubiese palmado de un infarto). Y sí, al unir las palabras "pajarillo" e "infarto", no tardé en recordar una insólita conversación con Kai...



Fue así como decidí solicitar la ayuda del tranquilo maestro de surf (¿acaso no había sido su abuelo un reputado chamán capaz de resucitar pollos?). Cuando llegué a Cala Alalua, ahí seguía nuestro amigo Kai, plácidamente dormitando sobre su cómoda hamaca. En cuanto le mostré a la pobre cacatúa, todos los conocimientos de sus antepasados volvieron de golpe y me informó del estado de la cacatúa. En realidad no estaba muerta, sino "pocha". Así, tal cual. Al parecer, aquel era un estado intermedio entre la vida y la muerte, y el maestro sabía cómo devolverle la vidilla...



Sin embargo, había un pequeño inconveniente. (¿Acaso no lo había siempre?). La ceremonia necesaria para resucitar a Aolani sólo podía celebrarse en la cabaña ritual de su abuelo. Y, claro, lo único que recordaba el bueno de Kai sobre aquella insigne choza de hechiceros era que se encontraba en una isla hacia el noreste... y ni siquiera de eso estaba muy seguro. En ese instante, como en tantos otros momentos de desesperanza, tuve una idea. Para ello, y muy a mi pesar, era imprescindible presentarme de nuevo en el campamento militar. Sólo que esta vez, mientras esperaba a ser atendido por el coronel, tendría que aprovechar mejor el momento de descuido del entrañable Flowerpot...



...Durante la tensa espera que precedía siempre a un encuentro con Kordsmeier, se me ocurrió tomar la libreta de Flowerpot y escribir la siguiente (e inocente) frase: "Localizar cabaña situada al noreste de la isla". Tuve el tiempo justo para falsificar la letra de Leslie y cruzar los dedos para que el plan funcionase. Tras una breve charla con el coronel, fui amablemente escoltado a la entrada del campamento, donde tuve la osadía de solicitar una nueva entrevista con Kordsmeier. (Como veis, hace ya tiempo que perdí la vergüenza.) Esta vez, anduve especialmente atento cuando Flowerpot anunció mi llegada al coronel: efectivamente, mi estrategia había sido un éxito. El bueno de Leslie informó a su superior de las coordenadas "solicitadas", y yo me aproveché de nuevo de su libreta para hacerme la chuleta de rigor.



## En busca de la cabaña perdida

Bien, ya conocía la posición exacta de la cabaña que buscaba. Pero, lamentablemente, no disponía de conexión a Internet para consultar Google Maps. Si tuviera un GPS, otro gallo cantaría. En aquella isla de locos, ¿quién podría tener uno? Hmm. Un cabezahueca encargado de la escolta de un científico hasta el campamento, ¿quizá? Bueno, no perdía nada en el intento. Así que, una vez más, me dirigí hasta la playa para hablar con O'Connor quien, efectivamente, había tenido un GPS hasta hacía bien poco. El pobre reconoció haber perdido el aparatejo a manos de un pequeño y fiero ladronzuelo (¿de qué me sonaba esa descripción?), así que salí pitando hacia la choza de Knife...



Bueno, ¿cómo podía yo apañármelas para quitarle el juguete al pequeño Koala? Era evidente que, en esta ocasión, mi verbo ágil no iba a servirme de mucho. Primero analicé la consola para comprobar que, efectivamente, se trataba del GPS que yo necesitaba. Después, estudié la peculiar “habitación” con el fin de dar con la idea brillante que me permitiera persuadir al enano. Parecía evidente que para desviar su atención del GPS era necesario ofrecerle un nuevo juguete con el que entretenerse... y, no sé, tal vez fue el enorme póster de un Koala lo que me hizo pensar en mi querido Little Demon. Si había alguien capaz de lidiar con el ladronzuelo feroz, ése era mi pequeño y valiente lémur. Así que, sin presentaciones ni preámbulos, solté a Little Demon con la esperanza de que hiciera buenas migas con el crío.



¡Bingo! Little Demon no tardó en hacer de las suyas, momento en el que Koala (mostrando un repentino desinterés por su “consola”) lanzó el GPS por la ventana de su humilde morada. Ni qué decir tiene que lo primero que hice fue salir en su búsqueda, y así fue como por fin me hice con la maquinita de O'Connor. Cuando la tuve en mis manos, introduje las coordenadas tan amablemente proporcionadas por Flowerpot. En cuanto el cacharro me marcó la ruta a seguir, me armé de paciencia y, ¡hala! ¡a darme un nuevo garbeo! Y, tras un breve pero intenso tour por la jungla, llegué por fin al lugar elegido como laboratorio por los más prestigiosos “despocha pollos” que jamás pisaron Isla Mala.



Con la buena nueva, volví hasta Cala Alalua para hablar con Kai. Tras entregarle su pierna ortopédica y contarle cómo me había servido de mi excepcional sentido de la orientación para hallar la cabaña ritual de su abuelo, ambos partimos hacia el lugar dónde –si todo salía bien– Kai resucitaría a la pobre Aolani. Una vez ahí, Kai me sorprendió con un nuevo conjunto primavera-verano (sin duda un disfraz heredado de su abuelo) y me expuso un nuevo problemilla al que debíamos hacer frente antes de comenzar el ritual. Al parecer, la memoria de Kai no era tan buena como la mía, y necesitaba un maldito libro de hechizos de su “kupuna” para llevar a cabo la ansiada resucitación.



## Secretos de ultratumba

En fin, no me quedaba otra que ponerme a buscar el dichoso libro (al que Kai se refería como “grimorio”). Antes de dar palos de ciego, decidí interrumpir las habituales meditaciones del joven aprendiz de “despocha pollos” para pedirle más información sobre el librito de marras. Por lo visto, el grimorio de un hechicero era todo un símbolo de su conocimiento y, cuanto más pesase, mejor. De hecho, el del abuelo de Kai tenía tapas metálicas (una buena forma de disimular la falta de contenido, similar a la constitución fornida de O’Connor). Ya que era uno de los objetos más valiosos que podía poseer un hechicero, Kai creía que posiblemente hubiera sido enterrado junto al cuerpo sin vida de su “kupuna”.



No contento con mis múltiples idas y venidas por esta maldita isla, ahora me veía a puntito de profanar tumbas en busca del “Libro Gordo de Petete”. Pero oye, al mal tiempo, buena cara, que al menos contaba con un modernísimo detector de metales que sin duda me pondría las cosas más fáciles. Cuando por fin hube identificado el lugar donde parecían estar sepultados el abuelito de Kai y su grimorio, se me ocurrió que necesitaría algo para excavar. (Hombre, ya sé que tras unos días de vacaciones mis uñas estaban larguitas, pero no daban para tanto).



Así que, con el claro objetivo de encontrar una pala casera, entré de nuevo en la cabaña ritual. Tras una rápida inspección de los curiosos objetos que allí se encontraban, decidí quedarme con un bonito caparazón de tortuga que, si no me valía para la tarea que tenía en mente, al menos quedaría de maravilla en la pared de mi salón (qué le vamos a hacer, me mola el rollo étnico). Con este nuevo artilugio en mi poder, me lancé a la apasionante tarea de profanar la tumba del abuelo de Kai y, tras una buena dosis de sangre, sudor y lágrimas, di por fin con el famoso grimorio. Sin tiempo que perder, entré de nuevo en la cabaña y desperté al maestro del surf, entregándole sin más demora el libro de hechizos.



## Rituales ancestrales

Lo que ocurrió después es... realmente... indescriptible. Ver para creer. Kai resultó ser un tipo con una asombrosa intuición que, sin embargo, se veía eclipsada por la inocencia propia de un cándido y confiado niño. Vamos, que logré engañarle con el cuento de que yo —el gran Brian Basco— había tenido que interceptar a un desalmado militar que había ultrajado la memoria del gran Kini Papa Moa y que, tras profanar su tumba, había intentado robar el grimorio. “Por suerte”, le dije a Kai, “yo pasaba por ahí y pude arrebatarse el tesoro de tu abuelo”... Con un profundo y sentido agradecimiento por mi heroica hazaña, Kai se dispuso a comenzar el gran ritual...



Momentos después, una genial receta (inspirada, sin duda, en las exquisiteces de Ferrán Adriá) obró el milagro. Bastaron unas pocas frases bien dichas para que Aolani abandonase su estado “pocho” para ser, de nuevo, la de siempre. Temeroso de que algo volviese a salir mal, salí pitando de ahí con la cacatúa bien cogidita. Fue una lástima no disponer de una cajita y un lazo, porque me habría encantado alargar el suspense de la sorpresa cuando entregué a la resucitada cacatúa a su triste dueña. Era evidente que Lokelani había perdido toda esperanza de volver a ver a su mejor amiga, y la alegría del reencuentro fue tal que la tía se puso muy, pero que muy cariñosa...



En fin, no pienso contaros qué pasó poco después en la acogedora cabaña de Lokelani; sólo os diré que la chica sabe relajar a un hombre estresado y que, por supuesto, maquilla como nadie. De hecho, cuando acabó conmigo, ni mi propia madre me hubiera reconocido. Convertido en un verdadero clon del profesor Pignon, acudí en busca de O'Connor. El chaval me dio la bienvenida (¡el disfraz daba el pego!) y me llevó hasta el campamento. Una vez dentro, tuve que hacer frente a mi primera prueba como impostor: una entrevista, cara a cara, con un tenso Kordsmeier. Había llegado el momento de la verdad...



## Capítulo 3 MÁS SIMPLE QUE UNA AMEBA

### *Amistades peligrosas*

Era imprescindible mantener la calma en aquella situación. Quien sabe qué podría haberme ocurrido si el coronel hubiese descubierto mi verdadera identidad... Afortunadamente, mantuve el tipo mientras Kordsmeier me echaba una charla en la que lo único que me quedó claro fue que debía encargarme de “abrir el ameba”. ¿El AMEBA? ¿Qué diablos sería eso? Al parecer, un tal profesor Simon había sido el único en lograrlo, pero el viejo se había retirado. Eso me dejaba a mí (es decir, a Pignon) en un lugar peliagudo. Por lo visto, aparte del viejo profesor, Pignon era el único capaz de abrir la cosa esa... y, al parecer, a Kordsmeier no le iba a hacer ni pizca de gracia si no lograba cumplir con mi cometido.

Cuando el coronel acabó con su pequeño discurso, hizo acto de presencia el segundo oficial al mando, un tal Chapman. El tipo parecía legal, pero se le veía a la legua que era un pobre infeliz: esos andares, esas muecas... para mí que el hombre necesitaba unas buenas vacaciones lejos de Kordsmeier. En fin, a lo que íbamos. El bueno de Chapman me escoltó hasta mi nuevo lugar de trabajo: el interior de un antiguo templo cuya investigación arqueológica se había visto interrumpida con el asunto de la AMEBA esa. El teniente coronel me hizo entrega de un maletín con las siglas CIA2 y me dijo que tuviera cuidado con un carísimo guante ¿catalizador? Por último, me enseñó el ordenador en el que estaba toda la información que el viejo Simon había recopilado sobre el AMEBA.

Cuando Chapman me dejó por fin a solas (se ve que el chaval necesitaba con quién desahogarse), creí que por fin era libre para explorar los alrededores a mi antojo. Lógicamente, el ser superior que parece dirigir mi destino no me lo iba a poner tan fácil. En cuanto intenté salir por la misma puerta por la que habíamos entrado, escuché de pronto al enfurecido coronel. Por lo visto me vigilaba con una cámara sin audio (esto último tuve que aprovecharlo para soltarle una frase cariñosa a Kordsmeier), así que no podía abandonar la sala hasta haber cumplido con mi cometido. ¡Demonios! Aquello retrasaría considerablemente mi búsqueda de Gina, pero no me quedaba otra que descifrar el gran misterio del dichoso AMEBA. (O eso, o encontrar una forma de engañar al coronel...).



Fue entonces cuando decidí dar una vuelta de reconocimiento por la sala; quién sabe, a lo mejor encontraba algo que pudiera saciar mi creciente cleptomanía. En primer lugar inspeccioné las cositas que habían dejado para mí (esto es, para Pignon). La maletita proporcionada por Chapman estaba convenientemente cerrada con llave (leñe, ¿no sería la maleta el famoso AMEBA, no? Porque vamos, para abrir eso tampoco hacía falta montar aquel tinglado). Después me planteé la posibilidad de estudiar los apuntes que Simon había dejado en el ordenador, pero sólo de imaginar las páginas repletas de fórmulas indescifrables ya comenzaba a bostezar así que decidí dejar aquello para otro antiguo estudiante de Física aburrido.



## **Gran Hermano te vigila**

Dándome un garbeo encontré por fin un par de cosillas interesantes. En una mesa que sin duda perteneció a los pobres arqueólogos desahuciados, di con una bonita bolsa de plástico de esas que tanto nos gustan a los yanquis. (Uno nunca sabe cuándo tendrá que guardar un sándwich de crema de cacahuete). Pero ahí no queda la cosa. Al otro extremo de la sala, muy cerca de una puerta de acceso a una sala todavía desconocida para mí, decidí husmear en una caja de madera y... ¡Bingo! ¡El premio gordo! Encontré, nada más y nada menos que ¡una preciosa cámara Socket! Y, claro, aquello me dio una nueva idea. Si tuviese algo para fijar mi nuevo aparatejo a la cámara de vigilancia, engañar al coronel sería más fácil que pasar una noche con Lokelani...



Con mi maquiavélico plan en la cabeza, me dispuse a buscar algo que me permitiese fijar la cámara Socket a la de vigilancia. Algo dejarían los arqueólogos, no sé... una cuerda, pegamento, cinta americana, un látigo. Sin duda encontraría el objeto adecuado, era una mera cuestión de paciencia (cualidad de la que yo voy sobrado). Entonces se me ocurrió que tal vez habría algo interesante en lo alto del andamio (vamos, que si mi misión en la vida fuese evitar que algo cayera, qué mejor que buscar trabajo en las alturas, ¿no?). Dándome todas las prisas posibles (no fuera que el plasta de Kordsmeier me volviera a interpelar), me subí a la estructura de herrajos en busca de un golpe de suerte.



Y fijate por dónde que mi complejo razonamiento dio su fruto. En lo alto del andamio, concretamente en el extremo izquierdo de la plataforma más alejada del malhumorado tiki de piedra, encontré un rollo de cinta americana convenientemente depositado sobre un felpudo. Si es que cuando me pongo a pensar soy la leche. Bueno, a lo que íbamos: en cuanto tuve la cinta adhesiva, fijé la cámara Socket a la cámara de vigilancia. Después, activé la función de grabación de la cámara digital, bajé a toda prisa al ordenador de Simon y, recordando mis días de aplicado universitario, hice como que estudiaba un poquitín. Cuando terminé mi actuación (de Oscar, por cierto) subí de nuevo al andamio, activé el modo de reproducción en bucle de mi nuevo cacharro, intercambié los cables de ambas cámaras y, ¡voilà! Emisión ininterrumpida de monsieur Pignon empinando los codos...

Por fin era libre de husmear a mi antojo. Pero, ¿por dónde empezar? Bueno, decidí que la mejor forma de poner a prueba mi invento era intentar salir del propio templo. Quién sabe, a lo mejor hasta podía acercarme al pie del lago, rescatar a Gina, darme un bañito y volver a casa tranquilamente. (A veces la negación de la realidad me ayuda a recuperar el ánimo). Así fue como, siguiendo la ruta recorrida con Chapman al llegar al templo, salí al exterior en busca de mi destino. Eso sí, camino de la puerta, no pude dejar de escuchar una extraña conversación en la que discutían varios hombres (o era un equipo de futbolistas discutiendo por los dorsales o un grupo de matemáticos chiflados, no me quedó muy claro).



## ***El regalo de Lokelani***

Cuando por fin logré salir al exterior del templo, me encontré con mi viejo amigo O'Connor. La verdad es que, entre todos los militares que podían haber estado a cargo de mi vigilancia, Zacharia era sin duda mi mejor opción, así que me acerqué a él para entablar otra de nuestras iluminadas conversaciones sobre metafísica, literatura y cálculo avanzado. A pesar de lo interesante de nuestra charla (cuyo contenido justificaba con creces el tiempo empleado), el mayor fruto de aquel encuentro fue un sobre acolchado que me entregó mi elocuente interlocutor. Al parecer, Lokelani había logrado “persuadir” a los guardias del acceso al campamento para que le hicieran llegar a Pignon aquel paquetito sorpresa. Me moría de ganas por saber qué habría en su interior...



Como prefería inspeccionar el sobre con la oportuna intimidad (a saber qué clase de objetos era capaz de enviarme la alegre Lokelani), volví a entrar en el templo. Además, por lo que me había contado O'Connor, Kordsmeier había dado órdenes a sus soldaditos para que me vigilaran de cerca, sobre todo si abandonaba el templo. De modo que no me quedaba más remedio que urdir un nuevo plan desde el interior de aquellas ruinas. Pero lo primero era lo primero, y yo tenía que saciar mi curiosidad. Así que, ¡hala, a abrir el sobrecito! En su interior encontré un curioso anillo (¿no sería una indirecta de Lokelani, verdad?) acompañado, afortunadamente, de una nota aclaratoria. Según mi amiga, el verdadero profesor Pignon había mostrado un especial cuidado para no perder de vista aquella alhaja, razón por la cual la astuta Lokelani había decidido hacérmelo llegar lo antes posible. (Me pregunto cómo logró quitárselo...).



Volviendo al anillo: mientras lo inspeccionaba, me pregunté para qué podía servir aquel objeto aparentemente superficial. No me parecía a mí que fuera una cuestión de mero valor sentimental (seguro que el verdadero Pignon no era tan sensible y romántico como yo), así que me dispuse a encontrar su verdadera utilidad. De vuelta a la gran sala donde mi cámara apañada seguía emitiendo “en directo”, se me ocurrió que tal vez tuviera relación con el AMEBA. Bien pensado, quizás era una especie de llave. Lógicamente, si abrir el AMEBA fuese tan sencillo como introducir ese anillo, no habría hecho falta montar aquel espectáculo –y mucho menos contar con la ayuda de un profesor con conocimientos confidenciales-. ¡Espera un momento! ¡Claro! ¿En qué estaba yo pensando? ¿Acaso no carecía de cerradura el maletín que me había entregado Chapman?

Crucé los dedos y me dispuse a intentar abrir el maletín con aquella sofisticada pieza de bisutería. Y, una vez más, mi asombrosa inteligencia me sorprendió gratamente. Ahí estaba la bonita maletita, abierta y preparada para mi mayor especialidad: el expolio indiscriminado. Con este golpe de suerte (cortesía de la buena de Lokelani) pude hacerme con un completísimo lote que constaba de: unas modernas gafas de sol (que sin duda me protegerían de lo que aún me quedaba por ver), un curioso guante (¿sería ése del que me había hablado Chapman?), una tarjeta recién activada (lástima que no fuera una VISA Oro) y, ¡anda! ¡Un verdadero neuralizador! ¿Funcionaría igual que en las películas? Poco tardaría yo en comprobarlo...



## Explorando el templo

Pero no perdamos el hilo de la historia. Con mis nuevas adquisiciones, estaba seguro de que podría manipular algo más o, en el peor de los casos, borrarle la memoria a algún merluzo. Así que, una vez más, me dediqué a husmear por todos los rincones habidos y por haber. Lo primero que hice fue subir de nuevo al andamio. En mi primera inspección (sí, hombre, cuando apañé las cámaras) había divisado a lo lejos lo que parecía ser un panel de control. Era probable que la plataforma más cercana al tiki de piedra cabreado tuviera un mecanismo para subir y bajar, así que me acerqué a los mandos (situados en el extremo derecho de la plataforma) para curiosear. Efectivamente, el panel contaba con una palanca –pero también tenía una pequeña cerradura para la cual, desafortunadamente, yo no disponía de llave alguna-.



Para seguir con mis pesquisas, bajé del andamio y entré por una puerta situada en el lado izquierdo de la sala. Jamás adivinaríais lo que me encontré en aquella pequeña estancia: un enorme cubo de cristal (o de un material similar pero raro, raro de narices) con una bola en su interior y una curiosa ranura que, como tantas otras cosas, me dio que pensar. Si no me fallaba mi agudeza visual, juraría que aquella hendidura era perfecta para mi recién activada tarjeta. Sí, por qué no... Inserté la tarjeta en la ranura y, ¡zas! ¡De pronto el cubo había desaparecido! La bola seguía allí, clavada en el suelo (por supuesto intenté llevármela, pero se ve que los dioses Tiki no acostumbraban a hacer regalos por la cara a sus visitantes).



Visto el éxito de mi primera tentativa con aquella extraña mezcla de cajero automático y bolera sin bolos, decidí posponer mi investigación de lo que ya suponía que venía siendo el AMEBA de toda la vida. Reconozco que estaba un tanto abrumado, necesitaba desconectar de todo aquello... así que, olvidando por unos instantes cuál era mi cometido, decidí hacer una nueva visita a O'Connor (qué diablos, el tipo me caía bien). Al finalizar nuestra nueva (aunque sospechosamente familiar) conversación, el condenado soldadito me demostró, una vez más, que uno no debe dejarse engañar nunca por las apariencias. ¡Aquel autodenominado mendrugo me había reconocido! Pues sí que la había liado yo buena... Pero, afortunadamente para mí, aún contaba con un as en la manga: un bonito neuralizador que me moría por probar.

Dispuesto a borrar todo recuerdo de mi yo auténtico que pudiera tener el bueno de O'Connor, saqué el neuralizador y le pedí que mirase fijamente al cacharrito. Entonces, con el pulso tembloroso por la emoción (y los ojos convenientemente protegidos con mis Ray Ban de imitación), activé el aparatejo... ¡Asombroso! No funcionó. No sólo eso, sino que encima hice el más completo ridículo al dejar caer una especie de canicas que, por supuesto, recogí y guardé en mi adorado bolsillo. Si el neuralizador no funcionaba, ¿qué podía hacer con O'Connor? Afortunadamente, el tipo seguía creyendo que estaba siendo evaluado para un posible acceso al servicio de inteligencia, circunstancia que aproveché una vez más para hacerle un chantajito inocente (de buen rollo, ¿eh?).



## **El enigmático AMEBA**

El caso es que, manoseando las canicas, de pronto recordé que la bola del AMEBA tenía tres agujeros. (Lo mío es de premio Nóbel, lo sé). Así que, allá fui dispuesto a repetir la escenita del cajero. Tarjeta a la ranura y, ¡zas! ¡Fuera cubo! “Esta vez no te me resistirás”, pensé mientras me disponía a introducir las canicas en los tres agujeros de aquella bola pesada. ¡Leñe! Qué susto me llevé cuando, de pronto, la bolita (que yo había sido incapaz de arrancar del suelo) se alzó como por arte de magia, quedando suspendida en el aire frente a mí. Pero ahí no queda la cosa, no. La bola (que se había “zampado” las canicas) de pronto tenía una especie de impronta, como la huella de una mano. Sin nada que perder, puse mi mano sobre la bola a ver qué ocurría. Nada. Entonces recordé el guante. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?



Ya con el guante catalizador puesto, volví a colocar la mano sobre la huella de la bola mágica. De pronto, la esfera se volvió hippy (lo digo por las sugerentes espirales alucinógenas que presentaba). Pero lo mejor estaba por llegar: al cabo de unos segundos, dos (¿cómo definirlos?) “agujeros negros” se abrieron en la pared situada frente a mí. Yo empezaba a sospechar que alguien me había introducido sustancias ilícitas en mi bebida, pero teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde mi último tentempié, era poco probable que siguiera bajo el efecto de cualquier estupefaciente. Así que, una de dos: o me estaba volviendo loco, o acababa de abrir el dichoso AMEBA. Sólo por curiosidad, decidí introducir la mano por uno de aquellos agujeros... ¡y os juro que la misma mano salió por el otro agujero! Es más, del susto casi me cargo el guante más caro de la Historia.



En fin, había logrado abrir aquello que tanto ansiaba Kordsmeier. Y, la verdad, me daba un mal rollo tremendo pensar en el uso que el coronel podría darle a aquel “invento” que yo no sabía muy bien cómo manejar. Así fue como decidí armarme de paciencia y echar por fin un vistazo a los apuntes de Simon. Tal vez si lograba entender el funcionamiento del AMEBA, podría utilizarlo a mi favor. Así que, me senté frente al ordenador de la sala principal y, hala, a empollar de lo lindo... Tras interminables horas de atenta lectura y reflexión, pude sacar las siguientes conclusiones: al parecer, toda la parafernalia de la tarjeta, el guante y la aparición de los agujeros (“vórtices”, según Simon) era imprescindible. Hecho eso, debía concentrarme en un lugar concreto para que el punto B (uno de los vértices) viajase hasta él. Y si aquello lo hacía bien, metiéndome en el punto A iría a parar directamente al lugar al que instantes antes hubiera enviado al punto B. Vamos, que podría teletransportarme adonde me diera la gana.



## ***Mi primer viaje espacio-temporal***

Con un bonito esquema que resumía a la perfección mis recientes averiguaciones, me dirigí hacia la sala del AMEBA dispuesto a realizar mi primer viaje espacio-temporal. Hice el numerito de siempre (que ya me resultaba un poco cansino) y, cuando tuve delante ambos vértices, me asaltaron las dudas: ¿a dónde debía dirigirme? Bueno, aunque la idea de irme directo al sofá de la casa de mis padres en Nueva York era tentadora, opté por concentrarme en la cala de Knife y Kai, por aquello de la cercanía geográfica (tampoco había que abusar de la pobre AMEBA). Además, era una ocasión perfecta para echarle un ojo a Joshua y asegurarme de que me esperaba en el lugar acordado. Pues, aunque os parezca de locos, aquello funcionó a la perfección, de manera que –sin comerlo ni beberlo– de pronto mi cabeza se había teletransportado a Cala Alaula. Menos mal que ahí estaba el pobre Joshua, algo ofuscado porque sus nuevos amigos (Koala y Little Demon) habían decidido jugar a las palas sin él.



Aprovechando que mi cabeza estaba a escasos centímetros del privilegiado cerebro de Joshua, hice alguna que otra pregunta sobre el AMEBA y otros temas intrascendentes. Pero, como es habitual en él, el científico chiflado empezó a largarme un rollo insufrible, así que decidí volver a la sala del templo antes de dormirme con el cuerpo repartido entre puntos y vértices. En fin, por increíble que pudiera parecer, había encontrado la forma ideal de huir de la isla sin necesidad de coger la lancha de Kai (porque digo yo que donde se teletransporta uno, se pueden teletransportar dos, ¿no?). Con esa idea en mente, y más contento que unas pascuas, me fui a dar un garbeo por el templo.



Al cabo de un rato (y bastante aburrido, por cierto) decidí hacerle una nueva visita a Joshua. Así al menos me entretenía con sus monsergas. Pero no os hacéis una idea del espectáculo que me encontré al teletransportarme con la técnica habitual a Cala Alaula... Allí estaba el loco de Joshua, a punto de llevar a cabo una delicada operación para salvar la vida del pobre Little Demon. Al muy bruto de Koala se le había escapado la pala con tan mala suerte que había ido parar incrustada en la boca del pequeño lémur. Obviamente, con semejante panorama, Joshua no estaba para charlas, así que decidí volver al templo y dejarle acabar la faena. En cualquier caso, no pude dejar de reparar en los utensilios que estaba utilizando. (Ya me conocéis, si brilla y no es mío, ¡lo quiero para mí!).



De vuelta a la sala del AMEBA (un pelín desesperado, la verdad) decidí darme otro maldito garbeo, ya sabéis. Tenía que hacer tiempo para que Joshua acabase con su intervención. Una cosa estaba clara, yo quería sus instrumentos de dentista... no me preguntéis para qué, pero los necesitaba. (Empezaba a darme miedo a mí mismo). Total que salí de la sala del AMEBA, di una vuelta por el templo, adoré al dios Pollo de la entrada y, sin poder aguantarme más, volví corriendo al AMEBA con el fin de hacer una nueva visita a mi querido amigo Joshua. Esta vez, al "llegar" a la cala, pregunté a mi colega por el resultado de su operación. Afortunadamente, había sido un éxito y Little Demon había salido sano y salvo de aquel entuerto. Aprovechando el momento de euforia que experimentaba Joshua por sus logros, le pedí "prestados" los hurgadotes de dentista. Él, por supuesto, accedió y los lanzó al aire; y yo, con mi habitual destreza, los cogí a la primera y, de paso, me cargué el guante catalizador.



## **Ascenso al tiki cabreado**

Estaba claro que no iba a ser todo tan bonito como me lo había imaginado; sin el guante, tendría que volver a contar con la lancha de Knife (eso o inventarme otra idea brillante para escapar con el mínimo esfuerzo). Bueno, al menos tenía por fin aquellos ansiados hurgadores en mi poder. Y estudiándolos me di cuenta de que me vendrían ni que pintados para forzar alguna que otra pequeña cerradura... ¿a qué estaba esperando? Sin más dilación, subí a lo alto del andamio de la sala principal del templo y me dirigí hacia los mandos de la plataforma. Entonces, no sin antes cruzar los dedos e invocar toda la energía y fuerza del gran dios Pollo, metí los hurgadotes en aquella minúscula cerradura y empecé a hacer de ladronzuelo amateur. En pocos segundos, y tras una brillante exhibición de habilidad y destreza, logré poner en marcha la plataforma. Por supuesto, no pensaba tardar ni dos segundos en utilizar aquella plataforma (ya me picaba la curiosidad). Así que tiré de la palanca de los mandos y, ¡"pa" arriba!



Cuando la plataforma llegó a su punto más alto, descubrí por qué los dioses Tikis estaban, por lo general, de mala leche: ¡menudas caries, oye! Poco podrían hacer mis pequeños hurgadores con aquella inmensa boca de piedra que se abría por encima de mí. Al acercarme (sé que algún día la curiosidad acabará conmigo), comprobé que la boca era, en realidad, una enorme abertura. Como tampoco tenía nada mejor que hacer me dije “¿qué diablos? ¡Metámonos en la boca del lobo!”. Y así fue como tomé unas de las decisiones más estúpidas de toda mi vida. En fin... una vez dentro, comprobé que a los arqueólogos no les había dado tiempo a descubrir lo mejor del templo. (O al menos eso parecía, teniendo en cuenta la falta de iluminación de aquella curiosa estancia). Lo que sí encontré fueron los restos de un pobre diablo que había llegado al fin de sus días en aquella enorme boca, aplastado de manera inoportuna por una gigante bola de piedra. (¿De qué me sonaba esa imagen?).



Sintiéndolo mucho por el alma de aquel intrépido aventurero que había perecido en el lugar exacto en el que yo me hallaba, comencé a mirar con ojos golosos varios de los objetos que el tipo había dejado atrás. Encima de la piedra había un bonito sombrero de esos que tanto impresionan a las damas, así que me dispuse a cogerlo cuando, ¡horror! ¡Qué asco! Debajo del sombrero había una araña peluda más grande que el guante catalizador que me había cargado... En fin, mejor sería dejar el sombrero en su sitio, seguro que a la preciosa bicheja de ocho patas le gustaba dormir bien tapadita. Pero algo más debía de tener aquel individuo. Efectivamente, hurgando en su viejo zurrón, encontré un bote de ahuyenta-serpientes de la marca Stenchazol. (Miedo me daba imaginarme el olor de aquella sustancia, sobre todo tras leer la etiqueta). También me hice con el látigo (en perfecto estado) que aquella pobre alma ya no necesitaría más...



## ***Tarántula y compañía***

Con mis nuevos juguetes, decidí explorar aquella oscura gruta que se abría a mi derecha. Enfrentándome a la absoluta oscuridad, y una vez más haciendo alarde de gran arrojo y valentía, me lancé sin titubeos hacia lo desconocido. Y cuál fue mi sorpresa cuando por fin llegué a una nueva abertura a la que, no lo dudéis, poco tardé en asomarme. Cuando lo hice, pude ver cómo entraba en escena el coronel, acercándose con sus andares de macho alfa a una mujer embutida en un llamativo traje de cuero rojo. (¿De qué me sonaba esa tía?). Ya que estaba ahí, no pude dejar de cotillear la interesante conversación que mantuvieron. Tampoco me sorprendió demasiado descubrir que Kordsmeier andaba detrás de algo que tenían los trantorianos (¡hey, los amigos de Joshua!), pero me quedé helado cuando escuché que contaba con la colaboración de un alienígena traidor. Y eso que el mayor disgusto de esa charla escuchada a escondidas estaba aún por llegar...



Cuando el coronel fue informado por radio de la presencia en el templo de un tal “mosca” (al que Kordsmeier cariñosamente llamaba “civil andrajoso”), se puso algo más que nervioso. Fue en ese instante cuando habló por primera vez de Gina (lo que me hizo sospechar que la “mosquita” era yo). Pero... ¿qué horribles palabras pronunció la mujer de rojo? ¡No podía ser! ¿Habían disparado a Gina? ¿Una cámara submarina había captado una imagen de su cuerpo hundiéndose en el lago? No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Sería verdad? Gina... Gina... ¿muerta? No podía ser, de ninguna manera. Gina tenía un don más que evidente para meterse en toda clase de embrollos, pero también parecía tener un ángel de la guarda que la salvaba siempre en el último instante. Yo sabía que aquello no podía ser cierto, sabía que Gina seguía con vida... Además, por lo que me había contado Joshua, los trantorianos tenían la nave en el fondo del lago. Tal vez si le ayudaba a él a encontrar al profesor Simon, éste podría llevarnos hasta Gina...



Mis pensamientos se vieron interrumpidos porque, de pronto, escuché cómo aquella mujer decía en voz alto los nombres de sus “animales de compañía”. Angelina, Agustina, Andreína, Agripina, Alejandrina, Alfonsina y... ¡vaya por dónde! La mujerzuela había perdido a una tal Adelina, lo que fue motivo suficiente para cargarse a uno de sus soldaditos mercenarios. ¡Menuda psicópata estaba hecha la tía! En fin, mientras observaba atónito la escena, me di cuenta de que frente al terrario de las tarántulas queridas había una caja con ropa (parecían uniformes) y guantes... ¡Sí! Eran muy parecidos al que yo me había cargado, ¿serían acaso mi última oportunidad para salir de aquel templo de forma segura? Bueno, lo que estaba claro es que si quería acercarme a echar un vistazo, tenía que distraer a Tarántula madre. Y, teniendo en cuenta que me parecía saber dónde andaba su pequeña Adelina, un nuevo plan se forjó en mi privilegiada cabecita...



## **La vuelta a casa de Adelina**

Primero me dirigí hacia el aventurero malogrado. Ahí aproveché mi maravillosa bolsita de plástico para coger a Adelina (que seguía durmiendo plácidamente bajo aquel sombrero andrajoso) y guardarla sin temor a recibir un mordisquito cariñoso. Después, volví a acercarme al “balconcito” que daba al terrario. Mi idea era lanzar a Adelina de manera que Tarántula se despistara por unos instantes... así que lo intenté. Bueno, tengo que decir que en el preciso momento en que me disponía a lanzar la bolsa de plástico (con el arácnido dentro) me di cuenta de un pequeño detalle. ¿Y si Adelina corría directamente hacia sus hermanas, o hacia su mamá? No, primero necesitaba encontrar la forma de hacer que aquel bicho peludo corriese como alma que lleva el diablo, y que aquello obligase a Tarántula a ir detrás de ella.



Entonces recordé lo que instantes antes había tenido el placer de escuchar (vamos, aquello de que a las “niñas” les encantaba la carne descompuesta... rico, rico). Se me ocurrió abrir un instante el bote aquel de Stenchazol para averiguar por mí mismo si aquello olía verdaderamente mal (vamos, a carne podrida), para lo cual tuve que servirme de uno de los siempre prácticos hurgadores. ¡Dios santo, qué peste! Sin duda aquella fragancia sería el mejor señuelo para una tierna y hambrienta araña... Para asegurarme de que el plan funcionase, bajé hasta la sala de entrada al templo, esa donde yo, de cuando en cuando, me dedicaba a adorar al dios Pollo. Quería colocar aquel hediondo bote en un lugar alejado de Tarántula y su terrario, así que lo dejé junto a la puerta por la que siempre se escuchaban aquellas ridículas conversaciones entre, qué sé yo, futbolistas o matemáticos. Entonces subí de nuevo a la boca del Tiki enfurruñado, me acerqué a la abertura tras la que Tarántula se paseaba con nerviosismo y, con cierto mimo, devolví la libertad a la pobre Adelina.



Tal y como yo había planeado, Tarántula salió disparada en busca de su pequeña, momento que yo aproveché para saltar por la grieta y apropiarme de uno de aquellos guantes catalizadores. Con la rapidez que me caracteriza, volví a escurrirme por la abertura para evitar que Tarántula me encontrase cerca de su terrario. Fue entonces cuando llegó Kordsmeier con una mala noticia: ¡me habían descubierto! Sabían que me había disfrazado de Pignon, que había amañado las cámaras y que seguía dentro de aquellas ruinas... ¡Necesitaba un plan B con urgencia! Tenía que salir de ahí echando leches, sobre todo en cuanto comprobé que ambos psicópatas se dirigían hacia la sala de la plataforma para atrapar me. En plena excitación por entrar por fin en acción, Tarántula dejó caer su “walkie-talkie” al coger dos metralletas a las que parecía tener bastante cariño. Y, qué diablos, ya sabéis que no me gusta hacerle ascos a nada así que, me agencié el aparatejo y volví a toda prisa hacia la plataforma del andamio.



## **La gran evasión**

Justo cuando me disponía a saltar por la boca del Tiki hasta la plataforma, descubrí que el coronel y Tarántula ya habían llegado a la sala. Diablos, la cosa se estaba poniendo muy, pero que muy chungu. Pero bueno, yo disponía de una condición física envidiable y de un látigo excelente... así que se me ocurrió que tal vez podría hacerme pasar por un moderno Indiana Jones y columpiarme en una especie de pendiente que tenía el Tiki gigantón en su oreja izquierda. Pero antes, tenía que sacar a Kordsmeier y toda su tropa de aquella sala; si no, era evidente que me descubrirían en pleno vuelo. Haciendo uso de mi excelente memoria, recordé que O'Connor solía entablar amistades por el canal 5 de su radio, así que utilicé el “walkie-talkie” birlado para ponerme en contacto con él y pedirle un último favorcito. El bueno de Zacharia aceptó mi proposición: debía “informar” al coronel de mi reciente huida hacia el lago y, en cuanto lo hizo, tuve por fin vía libre para hacer de Tarzán.



Con una destreza y agilidad asombrosas, enganché el látigo al pendiente del Tiki grandullón y descendí (con una elegancia felina, todo hay que decirlo) hasta el suelo de la sala. Desde ahí, sin tiempo que perder, corrí hacia el AMEBA para teletransportarme hasta la cala donde Joshua me esperaba. A pesar del aviso de O'Connor, Tarántula escuchó mi frenética carrera y volvió corriendo a la sala. Tenía a una loca pisándome los talones, así que me concentré con todas mis fuerzas y, en cuanto el vórtice estuvo abierto, salté sin miramientos. Una vez en Cala Alaula, subí a la lancha motora de Knife y me aseguré de que el pasmado Joshua hiciera lo mismo. Entonces puse en marcha la motora y salí de ahí echando leches... A pesar de mi endiablada velocidad, Tarántula pudo colarse también por el AMEBA y estuvo a punto de volarnos algún que otro pelillo con sus adoradas gemelas. Afortunadamente, ya estábamos demasiado lejos para que nos alcanzase.



Una vez a salvo en la lancha, le pregunté a Joshua qué rumbo debíamos tomar para encontrar la casa del profesor Simon. Y, claro, en mi línea de suerte, la humilde morada del científico resultó estar en ¡Alaska! Nada, a unos 4.000 kilómetros... Eso me lo hacía yo en un santiamén, en barco o a nado. En fin, tras un complicado viaje hasta mi casa (donde tuve que parar a coger algo de ropa y dinero), nos embarcamos en un vuelo hasta Anchorage. Después, tomamos un tren hasta Fairbanks y, desde ahí, un autobús rumbo a Cicely. Afortunadamente, allí conocimos a un tipo majete dispuesto a acercarnos a nuestro destino en un flamante quitanieves. Bueno, tras tanta ida y venida, al flacucho de Joshua le entró un hambre que no veas... y aquello casi da al traste con todos nuestros planes. ¿A quién diablos se le ocurriría comer unas enormes bayas rojas cogidas de un arbusto cualquiera en mitad de la nada? ¡Bingo! A mi querido amigo, el gafotas. Y lo hizo justo cuando estábamos llegando a la mismísima puerta del profesor Simon. Claro, cuando llamé al telefonillo y me pidieron la contraseña, yo confiaba en que Joshua la conociera. Y la conocía, sí, pero aquellas bayas debían de ser un poco chungas porque el muy delgado apenas se tenía en pie: ¡estaba el tío como para acordarse de algo!



## Capítulo 4 EL HOMBRE QUE SABE NO HABLA

### *Doctor en Alaska*

En fin, no me quedaba otra que llevar a Simon a un lugar calentito y esperar a que se le pasara el cuelgue que llevaba encima. Si no me equivocaba, de camino a casa del profesor habíamos pasado un refugio situado muy cerca de un pequeño lago; así que para allá me fui con Joshua a cuestas. Una vez en el refugio, senté al gafotas junto al fuego y analicé la situación. No tenía tiempo que perder, debía encontrar la forma de que Joshua recuperase la memoria cuanto antes. Paseando por aquellas nieves, habíamos visto también a un tipo extravagante que vestía un enorme abrigo de pieles y no paraba de sacar fotos con lo que parecía ser un impresionante (y carísimo) equipo audiovisual. Pensé que el individuo sería de por allí y que perdería nada si le solicitaba ayuda.



Pero antes de enfrentarme al gélido temporal, mejor echar un vistazo al refugio en busca de cositas útiles, ¿no? Así pues, tras curiosear por aquí y por allá, encontré una divina aceitera (con algo de aceite dentro) en la repisa de la chimenea, un maravilloso cuchillo de los de toda la vida (que sobresalía peligrosamente de un cajón del aparador) y un bonito leño que decidí llevarme por si las moscas. (Y no me llevé todos los que había porque no me cabían en el bolsillo, que si no...). Una vez fuera del refugio, inspeccioné también los alrededores de la casa. En un estante junto a la puerta encontré un estupendo bidón de gasolina que, lamentablemente, estaba vacío. Se me ocurrió la brillante idea de llenarlo con la gasolina de una vieja ranchera abandonada que había junto al refugio, pero como no disponía de una fuerza sobrehumana para volcar la camioneta, tuve que dar aquel plan por imposible.



Sin embargo, no perdí la ocasión de charlar amistosamente con un curioso alce que coronaba la camioneta. (Un tipo parco en palabras, pero majete). En fin, visto que por ahí ya no había mucho que se pudiera aprovechar, decidí buscar al individuo de las pieles que habíamos visto al llegar a la zona. Siguiendo el camino que partía de la propia puerta del refugio, no tardé demasiado en dar con él. Resultó ser un curioso científico, llamado Ben Wazowski, especializado en (y obsesionado con) los osos. Cuando le comenté lo que le había pasado a Joshua al comer las bayas, el tío me explicó que, efectivamente, eran venenosas. Al parecer él también las había probado, y tras una ardua investigación consigo mismo como sujeto experimental, el tipo había descubierto un remedio eficaz para contrarrestar los efectos de aquellos frutos salvajes: el salmón crudo.



## El gran Wazowski

Estupendo. Con mis nuevos conocimientos sobre la fauna y flora de Alaska (no veáis el tostón que me largó el Wazowski ese), sólo tenía que aprovechar que estábamos en plena época de remonte de salmones para imitar a los ositos aquellos y pescar con mis propias manos. Bah, no sonaba tan difícil... lo peor sería convencer a Joshua de que comiera el pescado crudo. Aquello sí sería todo un reto. Bueno, aprovechando que había una bonita planta junto al mochilón de Wazowski, cogí una hoja que me vendría genial para dar un toque de color al salmón a la hora de “emplatar” (es increíble lo que aprende uno viendo programas de cocina como “Todos contra el chef”). Ya que me amablemente me había invitado a pasar por su casa (una antigua cabaña de guardabosques) cuando quisiera, decidí buscarla para ver qué curiosos objetos podía tomar prestados.

Así que allá me fui, caminando hacia donde apuntaban las cámaras de Wazowski, en busca de aquella singular guarida. Pronto topé con un pequeño río completamente helado que despertó mis instintos más infantiles. Aunque no me atreví a caminar sobre el hielo (no porque pudiera pasarme algo a mí, sino por lo que pudiera sucederle a Gina si yo me lesionaba), sí que me armé de valor para subirme a un tronco caído y cerciorarme de que, efectivamente, el río venía cargado de salmoncitos. Cuando terminé de rememorar mis días de niño jugando en Central Park, me dirigí hacia lo que parecía ser la cabaña de Wazowski. Cuando llegué a la especie de torre-casita para niños, reparé en un hacha que había a la izquierda de la cabaña. Estuve a punto de llevármela, pero me pareció peligroso para mi salud mental andar por ahí con semejante arma blanca y decidí dejarla en su sitio. Sin más tiempo que perder, subí la escalera de aquella cucada de casita y comprobé por fin, y en primera persona, lo condenadamente raro que era Wazowski.

En aquel refugio había todo tipo de objetos, pero a estas alturas de la película yo ya tenía que priorizar (obviamente, mis bolsillos tenían un límite). En fin, que hice una selección de utensilios al azar y acabé agenciándome los siguientes objetos: un interesante cartel oriental (colgado en una puerta y hecho de algo que parecía bambú), un sugerente frasco de esencia de osa en celo (¡toma ya!) y un palo de hockey (la verdad es que siempre había querido tener uno). No contento con mis nuevos tesoros, salí por una puerta que había y encontré un utilísimo tubo de plástico que me vendría de perlas para vaciarle el depósito de gasolina al primer despistado que se cruzase en mi camino. Con aquel botín recién acumulado, decidí hacerle una visita al pobre Joshua para ver cómo andaba. Así que, de vuelta al refugio...



## Marchando una de sushi

Una vez ahí, comprobé que mi querido amigo seguía desvariando. Aún así, el tío le daba a la lengua que no veas, mezclando de forma inconexa recuerdos de su infancia con datos sobre Trántor (demonios, ¿sabíais que fueron los trantorianos los que diseñaron los trajes de Bonny M?). En fin, charlando con el bueno de Joshua descubrí que sus rarezas se debían seguramente a su multiculturalidad: en efecto, el tipo era nipo-tranto-americano (menuda mezcla). Sabiendo que tenía ascendencia japonesa, supuse que no tendría el menor reparo en comer salmón crudo si se trataba de un exquisito plato de sushi. Y, aunque mi amigo dudó un momento (sin duda prefería el atún), al final accedió a zamparse el sushi que yo le trajera, eso sí, siempre y cuando lo elaborase otro. Pues sí que estábamos apañados... ¿dónde diablos iba a encontrar yo a alguien, en un paraje perdido de Alaska, que supiera preparar el plato japonés por excelencia?

Bueno, con esta idea en mente, salí del refugio a respirar hondo y buscar soluciones. En cuanto vi la ranchera de nuevo recordé que ella y yo teníamos una deuda pendiente. Con mi nuevo tubo de plástico adquirido en la cabaña de Wazowski, coger un poquito de gasolina prestada fue bastante sencillo, la verdad (para algo llevaba yo encima un bidón vacío). Y, no sé, al oler la gasolina me dio por echarle un vistazo a la bonita motosierra que portaba... (mi frustración había desencadenado un inquietante impulso por cortar cosas). Resulta que aquella sofisticada herramienta de leñadores (ay, si la pillara O'Connor) funcionaba con una mezcla de aceite y gasolina. A mí siempre me gustaron los experimentos que hacíamos en clase de química... ¿por qué no probar a crear mi propio combustible? En fin, cogí la aceitera, eché un chorrito de aceite en el bidón de gasolina, lo agité todo con gracia y garbo y, ¡hala! al depósito de la motosierra.

Como quería poner a prueba mis habilidades cocteleras, y seguía sintiendo esa extraña ansiedad por cortar algo, decidí decapitar a mi pobre amigo el alce. Además, ya con la cabecita en mis manos, se me ocurrió que aquel podría ser un estupendo regalo para un tipo cuyo disfraz de oso carece, precisamente, de cabeza. Eso sí, sin los cuernos iba a resultar mucho más convincente, así que utilicé mi maña habitual para dejar al alce sin su cornamenta. Cuanto más admiraba mi gran obra, más me gustaba, pero tenía un pequeño fallo. Si no recordaba mal, el disfraz de Wazowski era blanco... En fin, era un pequeño detalle sin importancia al que ya prestaría atención en su debido momento. Lo que verdaderamente corría prisa en estos instantes era encontrar a alguien que supiera preparar sushi. Bueno, a lo mejor Wazowski tenía habilidades culinarias ocultas...



## ¿Algún cocinero en la sala?

Salí en busca del curioso etólogo osuno a ver si podía echarme una manita, y ahí seguía el tío, erre que erre con su investigación. Muy a mi pesar, el tipo no sabía preparar sushi (y eso que había visitado Japón en más de una ocasión), pero sí conocía a alguien capaz de hacerlo. Eso sí, tras sus cariñosas palabras para con el mencionado individuo, buscarle era lo último que me apetecía hacer. Por un lado, la descripción del tal Archibald (así se llamaba el misterioso personaje) se correspondía a la perfección con un conocido personaje de terror con tornillos en la cabeza. Por otro, nadie sabía dónde vivía o a qué se dedicaba en realidad. Y, por último, según Wazowski era imposible encontrarle —él tenía que encontrarte a ti—. ¡Leche, qué tío tan complicado! Bueno, no iba a ponerme nervioso después de haberme enfrentado a un lémur gracioso y borrachín, a un ejército comandado por un loco belicista, a una despiadada psicópata embutida en un traje de cuero rojo y un largo etcétera de individuos y situaciones. Siguiendo mi habitual razonamiento lógico, traté de analizar la historia relatada por Wazowski sobre su primer encuentro con Archibald con el objetivo de hallar pistas sobre cómo encontrarle.



En primer lugar, debía acudir a la escena del “crimen”. Sí, la cabaña de Wazowski. Allá que me fui con el ánimo investigador de un verdadero sabueso. Una vez dentro de la casita, miré a mi alrededor. ¿Con qué objetos tuvo contacto Wazowski el día que fue “encontrado” por Archibald? ¡Sí! Exactamente. La guitarra; porque si no recuerdo mal, fue interrumpido por el extravagante cocinero cuando cantaba un villancico en el balcón. Bueno, la mejor opción para meterse en la mente del sospechoso era repetir aquella escena y esperar a que volviera a aparecer... Así que, guitarra en mano, salí al balcón y empecé a berrear el “Jingle bells” de toda la vida. Al terminar mi inspirada serenata, un bote de lejía por poco me deja sin cabeza. Sin duda esa calurosa bienvenida sólo podría darla alguien como Archibald, así que bajé de la cabaña para conocerle por fin en persona.



¿Qué puedo contaros de Archie? Pues nada, es el clásico tío feo, apestoso, con un aspecto más que descuidado y un ego del tamaño de Alaska. Por no hablar de su natural inclinación hacia el sarcasmo, la ironía y el humor ácido vertido sobre todo ser que ose dirigirse a él. Bueno, a pesar de todas estas maravillosas cualidades, logré convencerle de prepararme el dichoso sushi a cambio de una pequeña cantidad de dinero (vamos, todo lo que llevaba encima). Eso sí, primero debía proporcionarle los ingredientes necesarios, es decir: una esterilla para enrollar el sushi, algas nori, palillos y, por supuesto, el salmón fresco. En cuanto tuviera todo aquello, debía llamar al individuo aquel con un pequeño silbato que él mismo me había dado. Bueno, la cosa no iba del todo mal. El cartel oriental que había birlado en casa de Wazowski podía pasar por una esterilla, y la hoja verde que había pillado junto al etólogo seguro que era igualita a las algas nori. En fin, sólo necesitaba conseguir unos palillos y pescar un buen salmón...

## La lista de la compra

Como soy un tipo listo, los palillos me los fabriqué yo solito. Allí mismo. Me bastaron unos segundos para aprovechar el hacha que había junto a la cabaña de Wazowski y cortar el leño que llevaba encima prácticamente desde que llegué a este... ¿pueblucho? Así fue como, en un abrir y cerrar de ojos, me hice con unos estupendos y auténticos palillos. Antes de salir en busca del salmón, decidí subir a por el bote de lejía que me había lanzado el bestia de Archibald. El caso es que se me estaba ocurriendo una de mis locas ideas, pero no adelantemos acontecimientos... Ya con la lejía en el bolsillo, me dirigí hacia el río con la intención de pescar con mis propias manos (si había podido hacerme unos palillos, ningún salmón se me resistiría). Una vez en la orilla de aquellas aguas heladas, se me ocurrió tirar de motosierra una vez más. Así fue como, sentado en el tronco caído, hice un perfecto agujero en el hielo con la sierra. Y allí estaba yo, admirando mi obra de arte cuando, de pronto, apareció un enorme oso blanco y hambriento...



Afortunadamente, no parecía apreciar el sabor de la carne humana (mucho mejor el salmón, dónde va a parar). El muy glotón sólo quería aprovechar el agujero que yo acababa de cortar para meter la zarpa y pescar su almuerzo. Bueno, un obstáculo más, un obstáculo menos.... En fin, aquel pequeño contratiempo me hizo retomar la absurda idea que había tenido al recoger el bote de lejía. Se me había ocurrido que, tal vez con un toque de blanco, la cabeza de alce que llevaba auestas estaría a punto para completar el disfraz de Wazowski. Y ya que necesitaba una forma de distraer a mi nuevo amigo el oso hambriento, ¿qué mejor que animar a Ben a infiltrarse por fin entre sus animales preferidos? Total, que utilicé la lejía para blanquear la cabeza del alce pizzeria y, ¡voilà! Sólo faltaba un pequeño detalle para que fuera una máscara perfecta: hacerle unos pequeños agujeros para que Wazowski viera por dónde andaba en el transcurso de su investigación. ¿Y para qué llevaba yo encima un viejo cuchillo? Pues precisamente para eso...



## De osos y salmones

Cuando por fin tuve la falsa cabeza de oso lista, fui directo hacia Ben. Quería darle una sorpresa, así que deposité la máscara sobre su mochila y le dije "Ben, tengo algo para ti". Bueno, no sabéis la cara que puso el tipo cuando la vio. Estaba extasiado, aunque un poco desconcertado por no conocer la variante de oso polar a la que pertenecía aquella cabeza. Espoleado por mis palabras, Wazowski decidió emprender por fin su infiltración entre la población osuna. Se puso la cabeza, se perfumó adecuadamente con esencia de oso feroz y allá que fue a entablar una nueva amistad. Bueno, ya me conocéis: si me dejan a solas no puedo evitar trastear y hacer alguna que otra gamberrada. Esta vez se me ocurrió cambiar el frasco de esencia que Ben tenía en su mochila por el de feromonas de osa en celo que llevaba yo en el bolsillo. Aún me estaba riendo por dentro de mi gracia cuando apareció Ben de nuevo, desanimado por el fracaso de su primera tentativa de comunión entre especies.

El pobre hombre me dio lástima, esa es la verdad. Además, algo tenía que hacer yo con el oso que me quería quitar el salmón. Nada, con un poco de charla y la adecuada motivación, logré convencer a Wazowski de que lo intentara de nuevo. Así fue como, con un nuevo brillo en los ojos y repitiendo el ritual de su primer intento, Ben abordó al joven oso una vez más. Lo que pasó a continuación es un tanto escabroso y, bueno, no apto para menores. Digamos simplemente que esta vez triunfó el amor y que, allá donde esté, seguro que Ben es feliz en su nueva comunidad. Lo importante era que al fin tenía vía libre para pescar mi salmoncete dichoso. Cuando me acerqué al río, vi que Ben había dejado una de sus falsas zarpas de oso sobre el hielo. Como no me gusta hacerle ascos a nada, me serví del palo de hockey para alcanzar aquella garra de oso. Fue entonces cuando tuve la brillante idea de emplear el mismo palo para intentar pescar algo.



Aunque la idea era buenísima, a la hora de la verdad el salmón resbalaba al entrar en contacto con aquella madera lisa. Entonces, mi genialidad volvió a hacer acto de presencia: si combinaba la garra de oso con el palo de hockey, tendría una maravillosa herramienta que me permitiría pescar igual que Yogui o cualquiera de sus congéneres. Y así fue como, utilizando mi nueva zarpa alargada, pesqué mi primer salmón de Alaska. Con todos los ingredientes necesarios para elaborar el sushi, fui corriendo hasta la cabaña de Wazowski. Una vez allí, utilicé el silbato proporcionado por el arrogante y malhumorado Archibald para llamarle (cosa que hice en el lugar exacto dónde había aparecido la primera vez; era evidente que el tipo era un animal de costumbres fijas). En cuanto llegó le di el material y, de paso, le pedí un pequeño favor. El tío pretendía dejarme el sushi ahí mismo, a la intemperie, pero yo sabía que era mucho más seguro llevarlo directamente al refugio donde descansaba Joshua.



Tras unas duras negociaciones, logré que el maldito psicópata descalzo accediera a llevar el sushi hasta el refugio. Eso sí, tuve que entregar hasta mi móvil de última generación, y todo porque al tipo no le entusiasmaba que le llamasen "Archie". En fin... al rato apareció nuestro querido Archie con un estupendo sushi bajo el brazo. En cuanto se largó el muy indecente, Joshua empezó a devorar aquel manjar. Y, tal y como había explicado el bueno de Wazowski, mi amigo cuatro ojos recuperó la memoria en un periquete. Cuando le pregunté por la contraseña de marras, Joshua se puso a correr y a saltar como un crío. Estaba tan contento de recordarla que salió al exterior para celebrarlo... y estaba claro que un tipo como nuestro querido científico no podía ponernos las cosas fáciles, no. Tenía que liarla. Y vaya si la lió.



## El enésimo entuerto de Joshua

Al tío no se le ocurrió otra cosa que ponerse a bailar como un poseso encima del lago helado y, claro, por muy esmirriado que estuviera, aquello no podía acabar en nada bueno. Efectivamente, con cada saltito de Joshua el hielo se fue fracturando hasta que se desprendió un islote con mi querido gafotas encima. No me lo podía creer. Otra vez a sacarle del lío en el que él solito se había metido. Bueno, no podía dejar que cundiera el pánico. Estábamos ya demasiado cerca del profesor Simon como para rendirnos, así que saqué fuerzas de flaqueza y me puse a buscar una forma de rescatar a Joshua. Estaba dándole vueltas al asunto cuando recordé el cabestrante de la ranchera. ¡Era justo lo que necesitaba! Desgraciadamente, cuando intenté ponerlo en marcha no funcionaba. Bueno, quizá si encendía el motor de la furgoneta...



Me metí en la ranchera y, aprovechando que estaba la llave puesta, intenté arrancarla. Y como tengo la misma suerte que Carlos Sáinz, la camioneta vieja ni siquiera hizo un amago de ponerse en marcha. Tal vez si le echaba un vistazo al motor un avisado licenciado en Física como yo, algo podría apañarse. Total, que abrí el capó dispuesto a hacer otra más de mis chapuzas y, vaya, descubrí que le faltaba la varilla que sujeta la puertecita para que puedas manosear tranquilamente el motor. Cualquiera otro habría tirado la toalla en ese mismo instante, ¡pero no! Yo era un tío con recursos, y decidí utilizar mi amado palo de hockey una vez más: tal vez fuese demasiado largo para sujetar la puerta del capó, pero a mí me daba que iba a funcionar. Por supuesto, aquel palo funcionó a las mil maravillas y por fin pude echarle un vistazo a aquel viejo motor. Lo poco que sé de mecánica me permitió llegar a una terrible conclusión: al motor le faltaba algo, sí... le faltaba una bujía. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! (En ese instante me entró la risa histérica). No podrían conmigo, no... Brian Basco siempre guarda un as en la manga. En esta ocasión, el as (en forma de bujía) lo guardaba en el interior de la pesada motosierra...

Así que, a falta de destornillador, utilicé el cuchillo para abrir la motosierra y extraer una preciosa bujía que, posteriormente, introduje en el motor de la ranchera. (A veces me da miedo lo listo que soy). Después, intenté arrancar la camioneta de nuevo y, ¡caramba! Una vez más, mi genialidad iba a salvar a Joshua. Con el motor en marcha, activé el cabestrante y até la cornamenta del alce al cable para que mi querido gafotas tuviera dónde agarrarse. Haciendo gala de una excelente técnica para el windsurf, mi amigo se dejó arrastrar hasta la orilla, donde yo le aguardaba con su hábito. En cuanto tuve a Joshua vestido para la ocasión, nos dirigimos a casa del profesor. Una vez ahí, descubrí cuál era la dichosa contraseña. A la frase de "El hombre que sabe, no habla" había que responder un enigmático "¡El hombre que habla no sabe!". Típico de científicos chiflados. Bueno, una vez a salvo en el cálido hogar de Simon, éste nos contó una historietita que por poco nos quedamos fritos junto a la chimenea...

Como no quiero que os pase lo mismo, dejaré el contenido de aquella amena charla para otro día (además, ¿qué os importa a vosotros lo que hablásemos Joshua, el profesor Simon y yo?). Sólo os diré que se había liado un buen follón interplanetario entre Alpha, sus colegas trantorianos y nuestro querido amigo Kordsmeier. Huelga decir que, esta vez, los extraterrestres no eran los malos, así que tocaba animarse, arrimar el hombro y unirse a la causa de Joshua y sus verdes amiguitos. Con ese objetivo en mente, decidí conectarme a Internet desde el portátil del profesor Simon para intentar contactar con mi amiga Sushi. Pero en mitad de mi conversación cibernética algo ocurrió... sólo sé que escuché disparos y, de pronto, sin saber cuánto tiempo había transcurrido desde aquello, desperté a bordo de un lujoso yate...



## Capítulo 5 RUMBO AL PASADO

### En busca del Orión

Sí, así es. Sin recordar nada de lo que había pasado desde nuestro encuentro con el profesor Simon, de pronto me encontré, mareado y desorientado, en el camarote de un barco desconocido. En cuanto logré reponerme de lo que parecía ser una espantosa resaca, intenté calmarme. Debía averiguar dónde estaba y qué demonios había ocurrido, así que no tenía tiempo que perder. Utilizando mis técnicas habituales de reconocimiento, comencé a investigar cada objeto que estuviera en mi campo visual. Lo primero que me llamó la atención fue una puerta de cristal con panel numérico cuyo código de acceso, lógicamente, yo desconocía. En fin, en el extremo opuesto del camarote encontré una especie de ascensor que me sirvió para subir al piso superior. ¿Y a que no sabéis quién estaba ahí? ¡No me lo podía creer! ¡La mismísima Sushi Douglas! Tras un efusivo saludo, mi amiga me puso al día de todo lo acontecido...

Al parecer, durante nuestra larguísima conversación electrónica desde casa del profesor Simon, habíamos quedado en encontrarnos en el puerto de San Diego para embarcar desde allí en dirección a Palenque, entre cuyos templos Alpha, el líder trantoriano, esperaba que encontrásemos la trantonita perdida hace siglos. Total, que mientras nosotros huíamos de Alaska, Sushi (mujer proactiva donde las haya) visitó Palenque para localizar la tumba en la que debía estar la trantonita, sólo para descubrir que había sido expoliada en el siglo XVI por un pirata llamado Íñigo de Malantúnez. Se rumoreaba que la proa de su galeón, el Orión, brillaba como por arte de magia, e incluso se decía que el navío era invencible gracias a un objeto que el pirata había conseguido en su juventud, objeto que Sushi identificó con la trantonita. Con esta nueva información, Sushi acudió al Archivo de Indias de Sevilla con el objetivo de seguir el rastro de Malantúnez. Increíblemente, mi colega logró averiguar la fecha y el lugar aproximado en que fue hundido el Orión, lo que le permitió establecer las coordenadas aproximadas del galeón. Así que, allí estábamos, en pleno océano Pacífico, buscando un viejo barco pirata hundido.

Según Suhi, la búsqueda de la trantonita era una mera cuestión de paciencia. Habiendo llegado a las coordenadas indicadas, el sónar potentísimo del que disponía el yate iría dando información sobre posibles emplazamientos del Orión. Nosotros ni siquiera teníamos que sumergirnos en el mar para comprobarlos, ya que a tal efecto había contratado al mayor aventurero de todos los tiempos: un tal Dean Grassick. Sin embargo, esta búsqueda podía tardar semanas, y era evidente que no disponíamos de tanto tiempo. Bueno, al menos ya sabía cómo había llegado hasta ahí y cuál era mi objetivo inmediato: localizar el galeón y encontrar cuanto antes la trantonita. Concienciado y dispuesto para mi nuevo cometido, decidí bajar al piso inferior para echar un vistazo a todas las estancias y probar, de paso, el código que –según Sushi– abría todas las puertas del yate.



## Reencuentros en la tercera fase

De vuelta al punto dónde había despertado de mi resaca, decidí investigar una sala llamada "Neptune suite". Aquello prometía... Al entrar, pronto topé con el único objeto llamativo: una estatua del dios Neptuno (fijo que era una falsa antigualla de esas que venden en los rastros). Como el cacharro era de bronce, no me parecía muy factible pasearme por ahí con ese peso muerto... pero oye, ya que el tridente estaba suelto, ¡al bolsillo con él! Como no había nada más que llamara mi atención en aquella insulsa suite, decidí darme otro viajecito en el ascensor futurista (qué pena no llevar un AMEBA portátil, la verdad). Una vez arriba, en lugar de charlar con mi querida Sushi (no sabéis cómo se me lía la tía cuando se pone a hablar de sus artilugios tecnológicos o de sus documentadas investigaciones), salí a una cubierta exterior que aún no había explorado. Una vez más, un viejo amigo me esperaba...



¡El "colgao" de Rutger! ¿Pero qué hacía ahí? El tío, como siempre, tranquilito y a su rollo. Vamos, que sé que se alegró de verme porque lo conozco, que si no diría que lo mismo le daba verme a mí que a un calamar con sombrero bailando un chotis. (Es lo que tiene fumar, al final realidad y ficción se funden y nada te sorprende, pero tampoco te inquieta). Bueno, lo importante es que el bueno de Rutger supo explicarme el porqué de mi resaca (el muy pillito me había metido "tronquidina" -casi prefiero no saber qué demonios es eso- en el zumo mientras esperábamos a Sushi en San Diego). Además de esta confesión, me puso al día de sus relaciones sociales, pues parecía andar mosqueado con su fiel amigo Saturno. También insistió en regalarme un saco de arena (otra vez a andar como un camello, y que conste que esta vez no estoy hablando de drogas) que, según él, era de lo mejorcito que podía encontrar.



En fin, antes de despedirme de él, no pude dejar de fijarme en un objeto que guardaba junto a su hamaca. ¡Sí! ¡Era el casco telepático! ¡El mismo que Joshua había utilizado la primera vez que visitó Trántor! Pero, ¿no se lo había regalado yo a Saturno? Bueno, pensando que tal vez me fuera útil, intenté cogerlo... pero Rutger no estaba por la labor. (Mucho buen rollito, mucho "llévate esta arena, hermano" pero luego, mira, me niega el primer favor que le pido). Ya que no había podido satisfacer mi deseo de recuperar el casco, me llevé un cepillo de raíz que encontré apoyado en una nevera vacía (¡con lo que yo hubiera dado por un buen helado!). También fue digno de mención el trompazo que me di al querer curiosarse por la cubierta de proa (y todo para nada, porque allí ni siquiera encontré un recogedor a juego con el cepillo). Visto el éxito de mi primera visita a cubierta, decidí volver a la Neptune Suite... ¡al menos allí había sofás!



## El detector de neutrinos

Sin duda aquel era el yate de las sorpresas: cuando llegué a la sala me encontré nada menos que a Saturno, el hombre renacentista. Como siempre, estaba liado con uno de sus inventillos y me lió la cabeza con frases culturitas que sólo él puede soltar sin resultar pretencioso. Además de corroborar el mal rollito existente entre él y Rutger, la conversación con Saturno me permitió descubrir una posible solución a la búsqueda de trantonita. Según mi coleguita, él podía fabricar un moderno detector de neutrinos que nos permitiera localizar la trantonita al instante. ¡Justo lo que necesitábamos! Pero, antes de poner manos a la obra, yo debía cumplir con tres recaditos: primero, recuperar el artículo que explicaba cómo fabricar el invento (según Saturno, debía de tenerlo Camilla, y que me aspen si yo sabía quién era esa). En segundo lugar, tenía que hacerme con el casco telepático, tarea que se antojaba complicada mientras Saturno y Rutger siguieran como el perro y el gato. Y, por último, debía vaciar un tanque situado en las bodegas para poder llenarlo después con agua dulce.

Bueno, “vayamos por partes” pensé. Lo primero que tenía que hacer era acabar con la absurda pelea que mantenían dos amigos de toda la vida. Sabía que Rutger, en el fondo, era un tipo sentimental (al igual que su “hermano” Saturno). Así que, con un poco de suerte y mucha comunicación, seguro que lograba reanimar aquella amistad y, de paso, hacerme con el casco. Con esa intención, me dirigí de nuevo a cubierta para hablar con Rutger. El tío estaba bastante encabronado, todo hay que decirlo. Ante semejante tesitura, yo tenía dos alternativas: ser un mero canal de comunicación entre dos tipos enfrentados o convertirme en un intérprete subjetivo capaz de hacer poesía con las opiniones que cada uno vertiera hacia el otro. Obviamente, opté por lo segundo. Y así fue como el “tiene tal morro que no le cabría en la gorra” de Saturno hacia Rutger se convirtió en un “se quita la gorra ante ti, que no te pongas de morros”.

Bueno, semejante frase no logró que Rutger recuperase la sonrisa, pero sí lo calmó un poco. Aquello me animó a seguir con mi particular juego del teléfono loco... Tras varias idas y venidas (vamos, de cubierta a la sala Neptuno y vuelta a empezar) transmitiendo cada mensaje con mi propio toque personal, al final logré restablecer el buen rollo entre “hermanos”. Tal era la alegría de Rutger al haber recuperado a su mejor amigo que no le importó en absoluto que yo me agenciara el casco telepático. Bueno, una cosa menor que hacer. A ver si ahora me enteraba de quién era esa tal Camille e intentaba recuperar el dichoso artículo. Con esa intención me dirigí hacia la puerta situada junto al pasillo de los camarotes. Ahora que tenía el código de acceso, podría bajar sin problemas a investigar en las bodegas...



## Un fantoche llamado Deeeean Grassick

Nada más traspasar la mencionada puerta, me encontré a una jovencita algo apesadumbrada sentada en las escaleras. Resultó ser Camille (a la que ya había conocido la noche anterior, pero cuyo recuerdo había sido borrado por la famosa tronquidina de Rutger). Tras presentarnos por segunda vez, un tipo con voz de mamarracho la llamó y tuvimos que interrumpir nuestra agradable conversación. Yo ya sentía curiosidad por aquella chica (además, tenía una misión que cumplir) así que decidí seguirla escaleras abajo. ¡Craso error! Porque en aquella sala de inmersión tuve el “placer” de conocer al tipo más insoportable que jamás me haya cruzado. ¡Exacto! El inigualable Deeeeeeaaaaan Grassick... El tío era tan imbécil que ni siquiera me dejó acercarme a Camille para seguir con la charla. Además, en ningún momento me creí que ese tipejo fuese un verdadero aventurero. Se veía a la legua que era un farsante, pero en fin, Camille parecía admirarle a pesar de sus modos dictatoriales.



Ya que estaban inmersos en plena grabación del programa de Dean, decidí dar una vueltecilla por aquella sala. Caminando hacia el fondo de la estancia, más allá de las cápsulas de inmersión, localicé un pequeño almacén con objetos curiosos. Como recuerdo de aquella pequeña excursión, tomé prestados sin permiso dos tubos de plástico que encontré en una caja. Después, decidí localizar el tanque de agua salada del que me había hablado Saturno. Según él, se encontraba en una de las bodegas del barco, así que no debía de andar demasiado lejos. Salí hacia el pasillo donde me había encontrado a Camilla y, en lugar de volver a la zona de los camarotes, atravesé la otra puerta de seguridad situada frente a mí. Con el código de acceso habitual pude entrar sin problemas a la que resultó ser la primera bodega. Y, efectivamente, allí estaba el tanque en todo su esplendor...



Vaciarlo resultó ser tan sencillo como abrir la llave de paso, situada a la izquierda del tanque. Estaba claro que me había convertido ya en un tipo resolutivo capaz de cumplir un objetivo tras otro sin sudar apenas. Si no recordaba mal, en el pasillo de acceso a las bodegas había visto una manguera que vendría de perlas para llenar el tanque, pero antes quería darme una vuelta por aquellas bodegas (algún tesoro esconderían, ¿no?). A la derecha del tanque había una puerta enorme que sin duda daba acceso a la siguiente bodega. Para abrirla, pulsé un enorme botón rojo y, ¡voilà! Espera un segundo... Aquella situación me sonaba de algo. La puerta se abría, ¡pero se cerraba automáticamente! (Y esta vez no contaba con una pinza del pelo). Pero, oye, lo que sí tenía era un estupendo cepillo que podía dar la talla... Y, efectivamente, la dio. Bloqueando la puerta con aquel glamoroso cepillo pude entrar a la segunda bodega donde, lamentablemente, sólo encontré una bolsa de bridas blancas. Menudo hallazgo para tanto esfuerzo...



## ***Tomas falsas y el artículo de los demonios***

Aquellas bridas me hicieron pensar en Saturno. Al fin y al cabo era, además de un artista, todo un manitas. Esa asociación de ideas me animó a hacerle una nueva visita. Seguro que tendría algo interesante que contarme o, en el peor de los casos, que “dejarme prestado”. Cuando llegué a su sala de trabajo, comprobé que el pobre seguía liado con su pequeño submarino amarillo, así que decidí no interrumpir su inspiración. Eso sí, inspeccionando un bote de bolígrafos que tenía en su mesa descubrí un rotulador que me enamoró. El bueno de Saturno no se negó a regalármelo: ¡un objeto más al bolsillo! Con mi recobrada ilusión (yo con cada objeto que me agencio recupero la vitalidad), volví a bajar a la sala de inmersión dispuesto a vérmelas con el cantamañanas cubano. De camino topé con Camille, la pobre estaba sentada en las escaleras que daban acceso a su sala de trabajo. Se la veía cabizbaja, así que intenté animarla con mi humor y desparpajo.



En aquella corta conversación descubrí cómo había llegado la joven a colaborar con Dean (hay que ver lo cutres que pueden llegar a ser los concursos de hoy en día), un tipo al que, incomprensiblemente, ella admiraba con cierto entusiasmo. Tanto es así que le había traído desde Francia dos botellas de un vino exquisito. Entre confesión y confesión, Camille reconoció que el artículo desaparecido (el mismo que necesitaba Saturno para fabricar el detector de neutrinos) había acabado como envoltorio para el almuerzo de Dean. ¡Uf, qué poco me apetecía lidiar con el fantoche ese para recuperarlo! Para variar, nuestra conversación se vio interrumpida cuando el falso aventurero llamó a su joven esclava para seguir con la grabación de su programa de telebasura. Dispuesto a recuperar el artículo perdido, bajé a hablar con Dean y comprobé que su fuerte no era la improvisación. El tipo estaba intentando grabar una secuencia de su programa pero su memoria de pez no le permitía trabajar sin un buen “teleprompter”. Al menos reconoció que tenía el artículo y acordó dármelo... en cuanto se hubiera zampado su “lonche”. Y claro, no pensaba parar a comer hasta que finalizase la grabación de aquella cansina secuencia. Algo tenía que hacer si no quería que aquella grabación se convirtiera en el rodaje más largo de la Historia.

Pensando en lo bien que le iría un “autocúe” de andar por casa, volví a ver a mi amigo Saturno. Seguro que él podría prestarme una libreta dónde escribirle una enorme chuleta al merluzo de Dean.

Efectivamente, mi colega tenía un bloc... pero no podía dármelo. Era su libreta de las ideas; en ella plasmaba los bocetos de cada uno de sus inventos y, claro, aquello era sagrado. El caso es que tenía libretas nuevécitas en el camarote, pero jamás cogía una hasta acabar la que estuviera utilizando. Me comentó que a la libreta actual sólo le quedaba una hoja en blanco, así que había que buscar una idea que le inspirase a rellenar ese hueco. Desesperado con aquella situación, decidí buscar a Camille. Por algún extraño motivo, ella me inspiraba confianza y las cortas charlas con ella resultaban de lo más reconfortantes. Me la encontré en el lugar habitual (las escaleras de acceso a la sala de inmersión), y a su lado había dos curiosas ánforas de cristal. ¿Serían las botellas de vino francés? En efecto: Camille había pensado regalármelas a mí ya que, en sus propias palabras, le pareció que yo sabría disfrutarlas. Me quedé sin habla, menudo detalle.

## La inspiración de Saturno

Como la pobre fue requerida por su amo por enésima vez, yo me fui a buscar un lugar seguro para aquellas botellas. A falta de una buena caja fuerte, decidí dejarlas en mi camarote. El caso es que, a punto de introducirlas en el armario, me picó la curiosidad y tuve que probar aquel caldo francés. ¡Mmm! Sólo de recordarlo se me hace la boca agua. Para que os hagáis una idea de lo bueno que era (o de lo débil que soy yo), os diré que tengo una enorme laguna en mi memoria. Lo único que recuerdo es que seguí bebiendo y, quién sabe cuánto rato después, me desperté reptando por el pasillo de los camarotes con las dos ánforas vacías a cuestas. Bueno, en mi estómago seguro que estarían a salvo de manos ajenas... El caso es que, mientras miraba atónito el resultado de mi escapada al camarote, se me ocurrió una idea digna del mismísimo Da Vinci. Si mi inventillo resultaba tal y cómo me lo estaba imaginando, seguro que Saturno estaría encantado de darle su toque personal, y para eso sin duda finiquitaría la última hoja de su bloc de ideas chanantes.



Con esa esperanza, me puse manos a la obra. Primero, llené las ánforas vacías con la arena que me había regalado Rutger. Después, uní las ánforas con mis estupendas bridas para crear un precioso reloj de arena tamaño Big Foot. Como conocía la inquietud por la obesidad infantil que sentía Saturno, decidí añadirle el tenedor de Neptuno al invento. Con mi nuevo reloj-tenedor bajo el brazo, me dirigí sin más demora hacia el “taller” de mi colega. Una vez ahí, hice una completa explicación didáctica de los beneficios que proporcionaría el uso de mi invento a la hora de comer despacito (sin duda una de las claves para no engordar). Bueno, a Saturno lo dejé boquiabierto. Tal fue su inspiración que salió escopetado para realizar sus primeros bocetos... ¿Y qué trajo cuando volvió? ¡Por supuesto! Una libretita a punto de caramelo. ¡Hala, todita para mí! Con mi nuevo regalo en el bolsillo, bajé a toda prisa a la sala de inmersión. A ver si con un poco de ayuda por mi parte podríamos cerrar la secuencia y recuperar el artículo de BricoScience Illustrated.



Por supuesto, todo se desarrolló tal y cómo yo lo había previsto. Con mi improvisado teleprompter, el zopenco de Dean pudo grabar la escenita entera. Acto seguido, se zampó su almuerzo “new-age” y me devolvió por fin el artículo. Ya sólo me quedaba encontrar la forma de llenar el tanque de la bodega con agua dulce. Si tuviera una manguera... ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado antes al jugar con las bridas? ¿Para qué demonios quería yo los tubos de buceo que llevaba encima? Al unirlos, me di cuenta del potencial de aquellos trozos de plástico. Pero necesitaba bastantes más para fabricar una manguera completa; así que me dirigí al almacén dónde los había encontrado y cogí todos los que me hacían falta. ¡Voilà! En un periquete estaba hecha mi manguera y, con la buena nueva, acudí sin más demora en busca de Saturno.



## Descenso a las profundidades

Lo de después fue pan comido, más que nada porque ya se encargó Saturno de dirigir la operación. En un abrir y cerrar de ojos el tío fabricó un detector de neutrinos de la leche, y fue así cómo pudimos localizar con rapidez y precisión el lugar exacto del galeón hundido. Al final el tontaina de Deeeeeaaaaan Grassick resultó ser lo que yo había predicho: una estaaaaaaafaaaaa bananera. ¿Y quién tuvo que jugarse el pellejo en una expedición submarina hasta el viejo navío de Malantúnez? Un servidor, por supuesto. Que lo mismo me da abrirte un AMEBA que bucear por las profundidades del océano... Así que nada, Sushi lo dispuso todo para que al menos tuviera ciertas comodidades en mi descenso. Para poder guiarme en mi exploración del galeón, primero tuve que bajar a colocar un pequeño escáner tridimensional cuyas imágenes serían recibidas por Sushi. De esta forma, sería ella, desde el yate, quien guiaría mis pasos en el segundo descenso.



Una vez colocado el chisme subí de nuevo para reponer fuerzas y discutir con Sushi la posible ubicación de la trantonita. Ella me habló de una especie de escorpión que debía buscar, así que me puse manos a la obra. Con la luz que proyectaba el mini-sub inventado por Saturno, logré llegar hasta el mascarón de proa más famoso del Archivo de Indias... sólo para descubrir que estaba demasiado sucio para hacer nada de provecho. Otra vez para arriba... Con un importante complejo de yo-yó, tuve que arreglármelas para encontrar una forma de limpiar el mascarón. Fue entonces cuando recordé el cepillo que había utilizado horas antes para atrancar la puerta de la bodega dos. Pues venga, ¡vamos a por él! Cuando llegué a la bodega, descubrí una caja de herramientas debajo de la escalera. Sin duda era de Saturno; y seguro que no le importaba si yo cogía una bonita sierra que había en su interior.



Este hallazgo me vino de perlas cuando me acerqué a la puerta atrancada. Como no sabía si querría volver a entrar en la bodega dos en algún momento, no quería quitar el cepillo sujeta-puertas. Pero con la ayuda de mi nueva sierra, pude cortar aquella escobilla y quedarme con un lindo bebé cepillo ideal para asistentes y buzos. Con la solución a la mugre del Orión en mi poder, me dispuse a volver al despacho improvisado de Sushi. Pero no iba a resultarme tan fácil, no. Cuando introduje la



contraseña habitual en el panel de la puerta, no ocurrió nada. ¡No funcionaba! Había llegado el momento de estrenar el interfono situado a la izquierda de la puerta de acceso a la segunda bodega. Utilizándolo, llamé a Sushi para ver qué demonios estaba ocurriendo... y resultó ser obra de mi querido amigo Joshua, quien había desactivado las contraseñas del yate. Ya decía yo; mira que lo había visto trasteando por ahí sin parar, ¿en qué lío andaría metido? Bueno, estaba claro que tenía que encontrar una forma alternativa de salir de las bodegas.

## **En puerta cerrada no entran moscas**

Sin tiempo que perder, me quedé quietecito analizando la situación. Si no me equivocaba, las compuertas del techo de aquella bodega debían de dar acceso a la cubierta del barco. Tal vez si utilizaba la escalera del tanque de agua podía llegar hasta ellas... pero antes, tenía que abrirlas. (Y esta apasionante tarea logré llevarla a cabo pulsando el botón correspondiente, situado justo al ladito del interfono). Después de hacer una más de mis ya famosas interpretaciones (esta vez de Spiderman sin hilo dental que lanzar por las muñecas) logré salir a cubierta cómo había planeado. Una vez arriba, escuché cómo Sushi se quejaba de algo. Al acercarme, la pobre se desahogó poniendo verde a Joshua. Es que el muy inconsciente había abierto las compuertas de las bodegas y no las había cerrado. Mira que hay que ser infantil e inmaduro para hacer algo así... En fin, al menos mi amiga se animó cuando le conté que estaba dispuesto a bajar de nuevo para hacerle la prueba del algodón al dichoso mascarón de proa.



Total, que realicé mi tercer descenso, nadé como un salmón en pleno remonte, dejé el mascarón como los chorros del oro y todo, para nada. Porque allí no había ni rastro de la trantonita. ¡Pero qué cruz! Otra vez para arriba... Tras un intenso debate sobre la posible localización de la trantonita, decidimos que –de seguir todavía en el barco– debía de estar en el camarote de Malantúnez. Pues nada, a mojarnos de nuevo. En mi enésimo descenso al Orión, logré encontrar la entrada al camarote mencionado pero... ¿acaso abundan en mi vida las puertas abiertas? ¡Nooooo! Pues más de lo mismo: para arriba echando leches y a dialogar con la moza que siempre lleva gafas de sol. Todo para llegar a la conclusión habitual: que yo, Brian Basco, tenía que sacar las castañas del fuego. Que, como de costumbre, YO tenía que encontrar la solución al dilema. (Que conste que todo esto lo digo desde el cariño, sin acritud).



El caso es que en aquel intercambio de impresiones, Sushi me contó que Joshua la había vuelto a liar en las bodegas. Esta vez se había liado a abrir las cajas de la bodega dos con una palanca... ¡Eso sí que daba que pensar! Pues nada, directo como una flecha a por esa palanquita; porque, a falta de una llave, no se me ocurría algo mejor para abrir la puerta del camarote de Malantúnez. Cuando llegué a las bodegas se confirmaron mis temores: Joshua había quitado el cepillo que sujetaba la puerta.



Bueno, quizás en uno de sus raptos de ingenio había logrado arreglar el mecanismo. Pulsé el botón rojo que abría la puerta y crucé los dedos. Pero nada. Sí, la palanca que yo quería estaba ahí, dentro de la segunda bodega. Pero ahora no tenía cómo sujetar la puerta; así que, mal pintaba el asunto. Entonces pensé que quizás Saturno pudiera ayudarme con uno de sus inventos... Me dirigí hacia la suite Neptuno. Una vez allí pude comprobar que, según lo previsto, mi colega acababa de terminar de fabricar dos estupendos electroimanes que me molaron cantidad... ¡Y el bueno de Saturno me los regaló! Así, sin más.

Con esos bonitos cacharritos no tendría problemas para repetir mi interpretación de Spiderman, así que se me ocurrió volver a la bodega principal, abrir las compuertas de acceso a cubierta, trepar con la ayuda de los electroimanes y meterme en la bodega dos para recoger la palanca. (Ya me estaba acostumbrando a las misiones imposibles, por lo que aquello fue coser y cantar). Con la palanca ya en mi poder, volví a sumergirme en las profundidades del océano en el que esperaba que fuera mi último descenso. Guiado como siempre por la luz del mini-sub y las indicaciones de Sushi, llegué hasta la puerta del camarote de Malantúnez. Haciendo gala de gran fuerza y destreza, logré abrirla sirviéndome de la palanca, y así accedí al rincón privado de uno de los piratas más temidos del siglo XVI. Me encontraba explorando la estancia cuando un golpe seco me dejó fuera de combate...



## Capítulo 6 EL LUCERO OCULTO DEL AVERNO

### *Prisionero de Malantúnez*

Lo siguiente que recuerdo os va a parecer increíble, casi surrealista, pero yo os lo cuento tal y cómo lo viví. De pronto, desperté en un oscuro calabozo... pero yo ya no era yo. Bueno, cómo os lo explicaría... Sí, me parecía a Brian Basco, pero como sucede a veces en los sueños, en realidad yo era otro que respondía al nombre de Brushian Bharscough. Es más, ya no me encontraba en el siglo XX. La fecha, para ser exactos, era 6 de marzo de 1564. Era extraño, sí, pero todo me parecía natural y en ningún momento me planteé qué había ocurrido. Era como si una parte de mí hubiese viajado en el tiempo para asumir la personalidad de otro... pero volvamos a lo importante: la trantonita. Si algo "recordaba" de mi otro yo era, precisamente, mi objetivo: encontrar la piedra mágica que sin duda estaba en poder del maquiavélico Malantúnez. Y si había alguien en ese hemisferio capaz de derrotar a un apestoso pirata como él, ése era yo, Brushian Bharscough, comandante de la Marina inglesa y capitán del Interfecto.



Pero la cosa empezaba mal, pues como ya os he relatado, me encontraba preso en una oscura celda del galeón de Malantúnez. Sin embargo, poco tardó en aparecer un pestilente secuaz del pirata español, de nombre Perro Tonel, cuya anatomía pronto esclarecía el porqué de semejante pseudónimo. Ese tipo entrañable fue el encargado de conducirme hasta el camarote de su señor, donde posteriormente fui amablemente engrillado. Instantes después, pude conocer por fin al afamado Íñigo de Malantúnez, quien exigió ciertas informaciones sobre mi persona que yo, gustosamente, le ofrecí. Al parecer, aquellos malos modos con los que yo había sido recibido respondían a las sospechas de Malantúnez de un intento por mi parte de asaltar su amado galeón. Nada más lejos de la realidad, le dije, pues mi intención era en realidad enrolarme como pirata en su ínclito navío. Cuando ya tenía al rufián a punto de caramelo, fue requerido por sus subordinados en cubierta, así que el noble hidalgo español me dejó con la palabra en la boca.



No tardé mucho en advertir la presencia de una joven dama cuyo rostro me resultaba familiar. Me animé a iniciar con ella una amena conversación y fue así como descubrí ciertos detalles de interés. Ya que era la escribana de Malantúnez, podía fiarme de su palabra cuando se aventuró a suponer que el amuleto que yo ansiaba encontrar podía encontrarse bien en el propio camarote del capitán pirata, o bien en su opulenta bodega del tesoro. Pero lo primero era lo primero, y antes de iniciar la búsqueda del Lucero Oculto yo debía librarme de los grilletes que me aprisionaban. Entonces decidí mirar a mi alrededor en busca de utensilios que llevarme a la calza, y mi exploración no cayó en saco roto, pues hallé un pesado pisapapeles y un curioso abrecartas con forma de daga. Después de semejante recolecta, decidí estudiar con atención el mecanismo que permitía mantener aquellos molestos grilletes cerrados. Parecía simple, pues sólo necesitaba algo fino y con punta para sacar el clavo que mantenía la bisagra de los grilletes en su posición.

Intenté servirme del abrecartas para sacar el mencionado clavo, pero la punta no era lo suficientemente fina. Entonces reparé en otro clavo que sobresalía de un poste de madera frente a mí. Era perfecto para la empresa que me traía entre manos, pero ni siquiera utilizando de nuevo el abrecartas pude alcanzarlo. Fue en ese momento cuando se me ocurrió solicitar la ayuda de la noble Lady Camille. Si yo le lanzaba aquella falsa daga, seguro que ella sí podría extraer el clavo deseado y hacérmelo llegar. Ella no dudó en prestarse gustosa a realizar aquella tarea, pues sin duda mis encantos ya habían causado su habitual efecto. En cuanto tuve el clavo, lo utilicé –con el pisapapeles como martillo– para librarme de los pesados grilletes. Acto seguido, utilicé el mismo procedimiento para liberar a Lady Camille de su similar suerte. Ella, en agradecimiento a nuestro honroso proceder, se sumó a mi intrépida misión jurándome lealtad. He de recalcar que la dama francesa me hizo reparar en un detalle que debía ser estudiado antes de seguir adelante con nuestros propósitos. Con mucha razón, expresó su preocupación por una posible huida que habría de efectuarse si éramos descubiertos. A tal efecto, yo debía de buscar un bote que nos sirviera de transporte en cualquier situación de urgencia.



## **Perro Ruso**

Para tranquilizar a mi joven acompañante, salí al balcón del camarote de Malantúnez, convencido de que un tipo de tan escaso valor tendría sin duda un bote amarrado bajo su estancia habitual. Y así fue, diablos, ¡qué inteligencia la mía! Informé sin demora a Lady Camille de mi hallazgo y ella acogió la noticia con agrado. Con la tranquilidad que el bote nos proporcionaba, ambos podíamos dedicarnos en cuerpo y alma a la búsqueda del Lucero. Ella procuraría buscar información entre los diarios que el capitán le había dictado, mientras yo debía recorrer el barco examinando cada rincón en busca de pistas. Pero antes de abandonar el camarote, quise echar un vistazo a todos los curiosos objetos que en él se encontraban. Y así fue como encontré una transparente botella de cristal y una inquietante lengua de dragón, hallada en el interior de un frasco situado junto a una preciosa armadura samurái.

Inspeccionando de nuevo el balcón dónde había descubierto el bote que nos facilitaría más adelante la huida, me apropié de tres pipas enteras que encontré en el suelo (entre muchas otras ya consumidas). Por cierto, ahí tuve ocasión de escuchar a varios piratas en cubierta, pero nada en su conversación llamó en exceso mi atención. Antes de volver al camarote, utilicé de nuevo mi abrecartas multiusos para hacerme con un listón de madera (que hacía las veces de alféizar) que estaba cayéndose y, de regalo, el clavo que lo sujetaba. De vuelta al camarote, decidí probar suerte con el loro pirata: a lo mejor él sabía mejor que nadie dónde escondía su amo el ansiado Lucero. El pequeño pajarraco no soltó prenda hasta que le ofrecí las tres míseras pipas babeadas que había encontrado momentos antes. Y justo cuando el relato cobraba importancia, se acabaron las pipas y la conversación. Pero juraría que el loro encerraba un secreto de vital importancia para mi cometido... ¿Dónde encontraría yo en ultramar un kiosco que vendiera pipas? ¡Hmm, tal vez si los piratas de cubierta tuvieran más bebida, seguirían lanzando cáscaras al balcón, entre las cuales sin duda hallaría alguna pipa entera para continuar mi interesante charla con Perro Emplumado (pues así se hacía llamar el loro bribón).

Con tales intenciones, no tenía más remedio que abandonar mi clausura y aventurarme a explorar el resto del galeón. Pero para ello, debía antes librarme del imponente guardia apostado al otro lado de la puerta. Como podréis imaginar, un zafio gañán como aquél no podía hacer sombra a mi intelecto, así que opté por hacer uso de la maña para vencer a la fuerza. Como un David de ultramar enfrentado a un apestoso Goliat, primero até la viscosa lengua de dragón a los barrotes de la puerta del camarote para, acto seguido, utilizarla como improvisado tirachinas y lanzar un pesado proyectil (el pisapapeles) contra mi adversario. La estrategia fue un éxito, así que salí del camarote (no sin antes coger la lengua de dragón) y comprobé cómo el malandrín había quedado inconsciente tras mi acertado disparo. Recogí el pisapapeles del suelo (quizá lo volviera a necesitar más adelante) y comencé mi exploración del Orión.



## ***Perro Demonio y el tesoro del capitán***

En primer lugar examiné a fondo el lugar en el que me encontraba. Comprobé, no sin cierto horror, que había agua limpia en un barril (procuraría no acercarme demasiado), y que Malantúnez no se andaba con chiquitas cuando algún gracioso osaba buscarle las cosquillas (a juzgar por el aspecto de un tal "Perro Tuerto"). Después, al intentar abrir una puerta, descubrí que ésta estaba protegida por un extraño mecanismo que por poco me deja sin mano ya que, al tocar el pomo, una rápida espada aparecía por una hendidura, dispuesta a acabar con el intruso de turno. Una vez más, mi ingenio sirvió para derrotar al enemigo invisible, ya que me serví del listón de madera que portaba para atajar aquel sable jugueteón y dejar fuera de combate al monstruo o aparato que lo dirigía. Hecho esto, procedí a entrar en la sala tan ferozmente protegida... y, para mi sorpresa, mi adversario derrotado resultó ser un pequeño bandido que no levantaba tres palmos del suelo. Como me resultó gracioso, decidí quedármelo como mascota. ¿Su nombre? Sencillo: Perro Demonio.



Pero volviendo a la sala recién descubierta: sin quererlo ni beberlo, ¡había encontrado la bodega del tesoro! Decidí tomar prestada una pequeña estatua dorada como mero recuerdo de mi hallazgo, ya que mi nobleza de espíritu no me permitía robarle a otro pirata, y menos en las circunstancias en las que yo me hallaba. Satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos, salí de aquella bodega y tomé el pasillo del fondo para inspeccionar nuevas zonas del Orión. Allí tuve el placer de volver a encontrarme con un sorprendido Perro Tonel, no en vano había sido él quien hacía sólo unas horas me había engrilletado en el camarote de Malantúnez. Le informé de mi reciente enrolamiento como pirata del Orión y, tras recordar mi astuto plan para hacerme con más pipas, le pedí una ración fresquita de grog. Desafortunadamente, dicha bebida estaba siendo racionada; es más, sólo podía servir el etílico brebaje a rufianes que estuvieran en poder de un Certificado de Pirata de Bajísima Moral.

## Licenciado en piratería y pillaje

Para obtener dicho certificado, era menester pasar tres duras pruebas: superar con éxito el test de rufianismo clásico, presentar una muestra fehaciente de hurto y rapiña y cometer un acto de crueldad extrema. Con eso y con el debido formulario cumplimentado, estaríamos por fin en disposición de obtener nuestra merecida ración de grog. Dispuesto, como siempre, a lograr mi objetivo a toda costa, decidí afrontar en primer lugar el examen de rufianismo. Al fin y al cabo, uno no podía ser capitán de la Marina inglesa y comandante de un afamado navío sin tener cierta cultura... A continuación, enumero cada una de las preguntas que me fueron posadas con sus correspondientes respuestas acertadas:

1) ¿Quién fue cocinero de a bordo en la famosa tripulación del malogrado capitán Flint? Long John Silver, menuda pregunta.

2) ¿Cuál era el oficio primero del capitán Blood, muy a la sazón para alguien que devendría en sanguinario pirata? Médico, por supuesto.

3) ¿Cómo escapó el capitán Swallow del islote en que el Maldito Capitán Babossa lo abandonó por vez primera? Inventando el tortuga-surf, como todo el mundo sabe.

4) ¿Por medio de qué ingeniosa combinación llegaron los Cuatro Piratas de Puerto Lenteja a tomar el Caribbean Express en la parada de Isla Garbanzo? (Esta pregunta está convenientemente resumida para que nadie deje de leer mi relato ahora que estamos tan cerca del final). Primer viaje – Wobblins y Cojuelo (regresa Wobblins). Segundo viaje – Passoromo y L'Eclope (regresa Cojuelo). Tercer viaje – Cojuelo y Wobblins.

Tras superar con éxito aquella dura prueba, decidí inspeccionar un baúl de madera que había a la izquierda del mostrador de Perro Tonel. Resultó ser un auténtico cajón de sastre con todo tipo de objetos y sustancias inútiles, aunque procuraría recordar los trastos que había visto por si podían servirme más adelante. Bueno, ya que llevaba encima la figura robada en la bodega del tesoro, se me ocurrió que tal vez pudiera servir como prueba fehaciente de hurto (aunque reconozco que me daba pena desprenderme de un objeto de tanta belleza). Concienciado y dedicado enteramente a mis ulteriores objetivos, hice entrega de la pequeña estatua a Perro Tonel. Asombrado por mi fechoría, me felicitó por haber superado la segunda prueba. Ahora sólo me quedaba una, la más temida, la que exigía saña y sangre fría. Entonces recordé que llevaba encima a Perro Demonio, y que me aspen si no me había puesto el bicho las cosas difíciles para acceder al tesoro de Malantúñez...



Sí, no me quedaba otra. El pirata enano era mi única posibilidad. ¿Qué mejor víctima para un acto de crueldad extrema que un animalito que no te llega ni a la suela del zapato? ¿Qué podría infundirle a este pequeño rufián horror, pavor, y miedo? ¡Ajá! ¡Eso es! Dispuesto a librarle de sus miserias, me dirigí hacia el barril de agua cristalina que había descubierto poco antes al salir del camarote de Malantúnez. Pero justo cuando estaba a punto de introducir a Perro Demonio en aquel barril, recordé un objeto del cajón de sastre que iba a venirme de perlas... Corriendo, fui hacia el baúl y saqué una asquerosa barra de jabón. Entonces, volví hasta el lugar elegido para cometer mi mayor acto de barbarie hasta la fecha: lavar a un piratilla hasta dejarle reluciente y sin mugre. Introduje primero el jabón en el agua y comprobé que los bulos eran ciertos, pues el líquido se volvió blanco y espumoso como si un perro rabioso hubiese infectado al barril. Acto seguido, introduje a un despavorido Perro Demonio y lo dejé limpio, reluciente y sin ánimo alguno (pues, como todo el mundo sabe, un pirata sin mugre es un pirata sin fuerza).



Satisfecho con mi propia vileza, decidí entrar en el camarote de Malantúnez para birlarle un Certificado de Pirata de Bajísima Moral (sabía por anteriores investigaciones que los guardaba, entre otros papeles burocráticos, en su armario). Ya tenía todo lo necesario para obtener mi título y mi merecida ración de grog, así que fui a ver a mi colega Perro Tonel. Primero le mostré a un impoluto Perro Demonio, y la cara de Perro Tonel empalideció al instante ante semejante muestra de barbarie. No cabía duda, había superado la tercera prueba. Después, le hice entrega del Certificado para que lo cumplimentara adecuadamente (acto que duró algo más de lo previsto por las reminiscencias del pasado analfabeto del que escribía). Una vez sellado, me hizo entrega por fin de mi ansiado título. Sin tiempo que perder, le di la botella que portaba para que la llenase con el grog que me había ganado.



## ***El enigma de Perro Emplumado***

Ya con el preciado alcohol en mi poder, y con la deshonra que me proporcionaba ser un Pirata de Bajísima Moral, me dirigí presto a la bodega del tesoro para arramblar con todo lo que encontrase. Cuando hube vaciado la estancia, descubrí que me había dejado un último objeto al fondo de la bodega. Se trataba de un embudo que, aunque no tuviera piedras preciosas engarzadas, no pensaba dejar ahí. Tras hacerme con él, me dirigí rápidamente hacia el balcón del camarote de Malantúnez, donde procedería a llevar a cabo mi plan para recaudación de pipas. Los piratas de pacotilla que se encontraban en la cubierta habían dejado una botella vacía colgando de una cuerda, y mi intención era rellenarla para que su renovado paladar diera rienda libre al consumo de alimento salado. Sin embargo, no alcanzaba la dichosa botella. Entonces recordé al viejo alféizar jubilado que llevaba yo a cuestas y, ya que contaba con dos clavos y un pisapapeles-martillo, decidí reinstaurarlo en su viejo cargo.



Ya con el alféizar repuesto, pude encaramarme a él para –sirviéndome del embudo– verter parte de mi grog en la botella de los penosos gañanes come-pipas. Después, decidí descansar un rato en el camarote de Malantúnez para darles tiempo de cogerse una buena cogorza y echar pipas enteritas al balcón. Tras aquella breve pausa que aproveché para recuperar el aliento, salí de nuevo al balcón y hallé, nada más y nada menos que, ¡cinco pipas! Seguro que con eso me bastaba para sobornar al dichoso Perro Emplumado. En cuanto comencé a lanzarle su aperitivo preferido, el pajarraco empezó a hablar. Aquello parecía un extraño acertijo, pues estas fueron sus palabras:

“Brr... El gran Malantúnez... brr... bajó a los infiernos... brr... brr... partiendo de España hacia el Este y llegando... brr... brr... al Imperio del Sol Naciente... brr... brr... en después viajó al Oeste hasta la Terranova... Brr... luego viró al Este hasta la entrada del Infierno en las griegas islas... brr... y tras ganar el Lucero Oculto del Averno salió por las posaderas del mundo... brr... Fin.”

Entonces reparé en el imponente globo terráqueo que poseía Malantúnez. Quizá el loro hablaba de una travesía que podía representarse de alguna manera en aquella esfera de madera. Bueno, nada perdía en el intento. Al examinar el globo, comprobé que podía girarse de forma calculada a izquierda y derecha, dejando un punto concreto del mapa marcado por un rectángulo de cristal y forja. Siguiendo las instrucciones de Perro Emplumado, y partiendo de España, giré primero el globo a la derecha hasta llegar a Japón. ¡Clac! Un curioso sonido me hizo sospechar que iba por el buen camino. Después, giré el globo a la izquierda hasta alcanzar Terranova. ¡Clac! De nuevo ese ruido. Por último, giré el globo de nuevo a la derecha hasta llegar a Grecia. Y entonces, por fin, ¡surgió el Lucero Oculto de las entrañas de la tierra!

Cuando lo tuve entre mis manos, me sentí tremendamente sabio y poderoso. Y, de pronto, refulgió aquella piedra mágica de tal forma que mis torpes y sorprendidas manos la dejaron caer justamente en el interior de una escupidera Ming situada detrás de mí. En ese preciso instante, fui sorprendido por un enojado Malantúnez. Interrogado acerca del Lucero, dije la verdad: que lo había arrojado donde tenebrosas aguas gargajeaban... Pero el capitán malinterpretó mis palabras pensando que había arrojado su preciado talismán a las aguas del océano. Enrabietado, perdió la cabeza y quiso hacerme pasar por lo mismo. Con un certero golpe de sable, me decapitó sin piedad... pero, sorprendentemente, mi cabeza aún con vida y raciocinio, pudo incluso contestar a las palabras angustiadas de Lady Camille. Después, llegó la oscuridad...



## Desenlace

Entonces, desperté de nuevo en la piel de Brian Basco. ¿Qué demonios había pasado? Me encontraba a bordo del yate, concretamente en la sala de inmersión. A mi lado estaban Camille y Sushi, quienes tuvieron que ponerme en situación para que no pensase que me había vuelto loco. Al parecer, en mi último descenso hasta el Orión, algo me había golpeado la cabeza en el interior del camarote de Malantúnez. Afortunadamente, Camille había bajado a rescatarme, y allí estaba de nuevo, sin la trantonita. Entonces apareció Joshua para hablarnos de su chisporroteante inteligencia y del último invento que había maquinado (gracias al cual, sabía el lugar exacto –en todo el universo– donde reposaba la trantonita). Recordando mi extraño sueño de piratas, me anticipé a él para informar a mis amigas del lugar donde se escondía la piedra que buscábamos: en el interior de una escupidera Ming de Malantúnez.

Entonces, me sumergí por última vez y encontré la trantonita en el aquel jarrón oriental. Al volver al barco, todos mis colegas estaban ahí, dispuestos a montar una fiesta para celebrar nuestro éxito. Parecían seguros de que lo peor había pasado, de que entregar la trantonita a los trantorianos y derrotar a Kordsmeier era una cuestión de puro trámite. Pero yo sabía que no. Sabía que todo un ejército vigilaba el lago donde descansaba la nave trantoriana. Sabía que había mercenarios a sueldo a las órdenes de la psicópata Tarántula, cámaras por todas partes, un traidor extraterrestre controlado por Kordsmeier... Por si fuera poco, seguramente Lokelani y mis amigos de Isla Mala corrían peligro. Entonces, alguien pronunció el nombre de Gina. Al oírlo, me derrumbé: jamás conseguiríamos salvarla. Pero entonces, justo entonces, un suceso imprevisible me devolvió la esperanza... Muy débil, pero esperanza al fin y al cabo.

